

HEBREOS

Esta epístola muestra a Cristo como fin, fundamento, cuerpo y verdad de las figuras de la ley, las que por sí mismas no eran de virtud para el alma. La gran verdad expresada en esta epístola es que Jesús de Nazaret es el Dios verdadero. —Los judíos inconversos usaron muchos argumentos para sacar de la fe cristiana a sus hermanos convertidos. Presentaban la ley de Moisés como superior a la dispensación cristiana. Hablaban en contra de todo lo relacionado con el Salvador. Por tanto, el apóstol señala la superioridad de Jesús de Nazaret como el Hijo de Dios, y los beneficios de sus sufrimientos y muerte como sacrificio por el pecado, de modo que la religión cristiana es mucho más excelente y perfecta que la de Moisés. El objetivo principal parece ser que los hebreos convertidos progresen en el conocimiento del evangelio, y así establecerlos en la fe cristiana e impedir que se alejen de ella, contra lo cual se les advierte con fervor. Aunque contiene muchas cosas adecuadas para los hebreos de los primeros tiempos, también contiene muchas que nunca cesan de interesar a la iglesia de Dios, porque el conocimiento de Jesucristo es la médula y hueso mismo de todas las Escrituras. La ley ceremonial está llena de Cristo, y todo el evangelio está lleno de Cristo; las benditas líneas de ambos Testamentos se juntan en Él, y el principal objetivo de la epístola a los Hebreos es descubrir cómo concuerdan y se unen dulcemente ambos en Jesucristo.

CAPÍTULO I

Versículos 1—3. *La dignidad insuperable del Hijo de Dios en su Persona divina, y en su obra de mediación y creación.* 4—14. *En su superioridad a todos los santos ángeles.*

Vv. 1—3. Dios habló a su pueblo antiguo en diversos tiempos, en generaciones sucesivas y de maneras diversas, como le pareció apropiado; a veces, por instrucciones personales, a veces por sueños, a veces por visiones, a veces por influencia divina en la mente de los profetas. La revelación del evangelio supera a la anterior en excelencia por ser una revelación que Dios ha hecho por medio de su Hijo. Al contemplar el poder, la sabiduría y la bondad del Señor Jesucristo, contemplamos el poder, la sabiduría y la bondad del Padre, Juan xiv, 7; la plenitud de la Deidad habita no sólo como en un tipo o en una figura, sino realmente en Él. Cuando, en la caída del hombre, el mundo fue despedazado bajo la ira y la maldición de Dios, el Hijo de Dios emprendió la obra de la redención, sustentándolas por su poder y bondad todopoderosa. —De la gloria de la persona y el oficio de Cristo, pasamos a la gloria de su gracia. La gloria y naturaleza de su Persona, dio a sus sufrimientos tal mérito que eran satisfacción plena para la honra de Dios, que sufrió un daño y afrenta infinitas por los pecados de los hombres. Nunca podremos estar suficientemente agradecidos que Dios nos haya hablado de la salvación en tantas formas y con claridad creciente, a nosotros, pecadores caídos. Que Él mismo nos haya limpiado de nuestros pecados es un prodigio de amor superior a nuestra capacidad de admiración, gratitud y alabanza.

Vv. 4—14. Muchos judíos tenían un respeto supersticioso o idólatra por los ángeles, porque habían recibido la ley y otras noticias de la voluntad divina por su ministración. Los consideraban

como mediadores entre Dios y los hombres, y algunos llegaron tan lejos como para darles una especie de homenaje religioso o adoración. De manera que, era necesario no sólo que el apóstol insistiera en que Cristo es el Creador de todas las cosas, y por tanto, creador de los mismos ángeles, sino en que era el Mesías en naturaleza humana resucitado y exaltado, a quien están sujetos los ángeles, las autoridades y las potestades. Para probar esto cita varios pasajes del Antiguo Testamento. Comparando lo que Dios dice ahí de los ángeles con lo que dice a Cristo, se manifiesta claramente la inferioridad de los ángeles respecto de Cristo. Aquí está el oficio de los ángeles: son los ministros o siervos de Dios para hacer su voluntad, pero, ¡qué cosas grandiosas dice el Padre de Cristo! Reconozcámosle y honrémosle como Dios, porque si no hubiera sido Dios, nunca hubiera hecho la obra de mediación y nunca hubiera llevado la corona del Mediador. Se declara cómo Cristo fue apto para el oficio de Mediador y cómo fue confirmado en él: Lleva el nombre de Mesías por ser el Ungido. Sólo como Hombre tiene sus semejantes, y como ungido con el Espíritu Santo; pero está por sobre todos los profetas, sacerdotes y reyes, que hayan jamás sido empleados al servicio de Dios en la tierra. —Se cita otro pasaje de la Escritura, Salmo cii, 25–27, en el cual se declara el poder omnipotente del Señor Jesucristo, tanto al crear el mundo como al mudarlo. Cristo envolverá este mundo como si fuera un ropaje, para que no se abuse más de él, ni sea usado como lo ha sido. Como soberano, cuando los ropajes de su estado estén doblados y guardados, sigue siendo el soberano, de la misma manera nuestro Señor seguirá siendo el Señor cuando haya dejado de lado la tierra y los cielos como un ropaje. Entonces no pongamos nuestros corazones en lo que no es lo que creemos que es, y no será lo que es ahora. El pecado ha hecho un gran cambio en el mundo, para peor, y Cristo hará un gran cambio para mejor. Que estos pensamientos nos alerten, diligentes y deseosos del mundo mejor. —El Salvador ha hecho mucho para hacer que todos los hombres sean sus amigos, pero tiene enemigos, aunque serán puestos por estrado de sus pies, por la sumisión humilde o por la destrucción extrema. Cristo seguirá venciendo y para vencer. Los ángeles más excelsos no son sino espíritus ministradores, sólo siervos de Cristo para ejecutar sus mandamientos. Los santos son herederos en el presente que aún no han entrado en plena posesión. Los ángeles les ministran oponiéndose a la maldad y al poder de los malos espíritus, protegiendo y cuidando sus cuerpos, instruyendo y consolando sus almas, sometidos a Cristo y al Espíritu Santo. Los ángeles reunirán a todos los santos en el último día, cuando sean echados de la presencia de Cristo a la miseria eterna todos los que pusieron su corazón y sus esperanzas en los tesoros perecederos y en las glorias pasajeras.

CAPÍTULO II

Versículos 1—4. *El deber de adherirse firmemente a Cristo y a su evangelio.* 5—9. *Sus sufrimientos no constituyen objeción a su eminencia.* 10—13. *La razón de sus sufrimientos y lo apropiado de ellos.* 14—18. *Cristo asume la naturaleza humana porque era necesaria para su oficio sacerdotal, y no toma la naturaleza de los ángeles.*

Vv. 1—4. Habiendo demostrado que Cristo es superior a los ángeles, se aplica la doctrina. La mente y la memoria son como vasos quebrados que no retienen lo que en ellos se vierte, si no se pone mucho cuidado. Esto procede de la corrupción de nuestra naturaleza, las tentaciones, los afanes y los placeres del mundo. Pecar contra el evangelio es rechazar esta salvación grandiosa; es despreciar la gracia salvadora de Dios en Cristo, tomándola con liviandad, sin interesarse por ella ni considerar el valor de la gracia del evangelio o su necesidad, ni a nuestro estado de condenación sin ella. —Los juicios del Señor durante la dispensación del evangelio son principalmente espirituales, pero tienen que temerse más por eso. Aquí se apela a la conciencia de los pecadores. Ni siquiera su descuido parcial escapará de las reprimendas; porque suelen traer oscuridad a las almas que no destruyen definitivamente. —La proclamación del evangelio fue continuada y confirmada por los

que oyeron a Cristo, por los evangelistas y apóstoles que fueron testigos de lo que Jesucristo empezó a hacer y a enseñar; por los dones del Espíritu Santo fueron equipados para la obra a la cual fueron llamados. Todo esto fue conforme a la voluntad de Dios. Era la voluntad de Dios que nosotros tuviéramos una base firme para nuestra fe y un fuerte cimiento para nuestra esperanza al recibir el evangelio. Preocupémonos de esta sola cosa necesaria, y escuchemos las Sagradas Escrituras, escritas por los que oyeron las palabras de nuestro Señor de gracia y que fueron inspiradas por su Espíritu; entonces, seremos bendecidos con la buena parte que no puede ser quitada.

Vv. 5—9. En el estado presente de la Iglesia, ni en su estado más plenamente restaurado cuando los reinos de la tierra sean el reino de Cristo, cuando el príncipe de este mundo sea expulsado, está gobernada por los ángeles; Él asumirá su gran poder y reinará. ¿Cuál es la causa activa de toda la bondad que Dios muestra a los hombres al darles a Cristo a ellos y por ellos? Es la gracia de Dios. Como recompensa por la humillación de Cristo al sufrir la muerte, Él tiene un dominio ilimitado sobre todas las cosas; así se cumplió en Él esta antigua Escritura. De manera que, Dios ha hecho en la creación y en la providencia cosas maravillosas por nosotros, las cuales hemos devuelto con suma vileza.

Vv. 10—13. No importa lo que pudiera imaginar u objetar el soberbio, carnal e incrédulo, la mente espiritual verá la gloria peculiar de la cruz de Cristo y se satisfará con que fue Él, quien en todas las cosas despliega sus perfecciones al llevar a tantos hijos a la gloria, quien hizo perfecto al Autor por medio de sus sufrimientos. Su camino a la corona pasó por la cruz y así debe ser con su pueblo. Cristo santifica; Él adquirió y envió al Espíritu santificador; el Espíritu santifica como el Espíritu de Cristo. Los creyentes verdaderos son santificados, dotados con principios y poderes santos, puestos aparte para usos y propósitos elevados y santos. —Cristo y los creyentes son todos de un solo Padre celestial, que es Dios. Son llevados a una relación de parentesco con Cristo. Pero las palabras, que no se avergüenzan de llamarlos hermanos, expresan la elevada superioridad de Cristo respecto de la naturaleza humana. —Esto se muestra en tres pasajes de la Escritura: Salmo xxii, 22; xviii, 2; Isaías viii, 18.

Vv. 14—18. Los ángeles cayeron y quedaron sin esperanza ni socorro. Cristo nunca concibió ser el Salvador de los ángeles caídos, por tanto, no asumió la naturaleza de ellos; la naturaleza de los ángeles no podía ser sacrificio expiatorio por el pecado del hombre. Aquí hay un precio pagado, suficiente para todos, y apto para todos, porque fue en nuestra naturaleza. Aquí se demuestra el amor maravilloso de Dios, porque cuando Cristo supo lo que debía sufrir en nuestra naturaleza y cómo debía morir en ella, la asumió prestamente. La expiación dio lugar a la liberación de su pueblo de la esclavitud de Satanás, y al perdón de sus pecados por la fe. Los que temen la muerte y se esfuerzan por sacar lo mejor de sus terrores, no sigan intentando superarlos o ahogarlos, que no sigan siendo negligentes o se hagan malos por la desesperación. No esperen ayuda del mundo ni de los artificios humanos, pero busquen el perdón, la paz, la gracia y la esperanza viva del cielo por fe en el que murió y resucitó, para que así puedan superar el temor a la muerte. —El recuerdo de sus tristezas y tentaciones hace que Cristo se interese por las pruebas de su pueblo y esté listo para ayudarles. Él está pronto y dispuestos a socorrer a quienes son tentados y le buscan. Se hizo hombre, y fue tentado, para que fuera apto en toda forma para socorrer a su pueblo, habiendo pasado Él por las mismas tentaciones, pero siguiendo perfectamente libre de pecado. Entonces, que el afligido y el tentado no desesperen ni den lugar a Satanás, como si las tentaciones hicieran que fuese malo acudir en oración al Señor. Ningún alma pereció jamás siendo tentada, si desde su verdadera alarma por el peligro, clamó al Señor con fe y esperanza de alivio. Este es nuestro deber en cuanto somos sorprendidos por las tentaciones y queremos detener su avance, lo que es nuestra sabiduría.

CAPÍTULO III

Versículos 1—6. *Se muestra el valor y la dignidad superior de Cristo por sobre Moisés.* 7—13. *Se advierte a los hebreos del pecado y peligro de la incredulidad.* 14—19. *La necesidad de la fe en Cristo y de seguirle constantemente.*

Vv. 1—6. Cristo debe ser considerado el Apóstol de nuestra confesión, el Mensajero enviado a los hombres por Dios, el gran Revelador de la fe que profesamos, y de la esperanza que confesamos tener. Como Cristo, el Mesías, es el ungido para el oficio de Apóstol y Sacerdote. Como Jesús, es nuestro Salvador, nuestro Sanador, el gran Médico de las almas. Considéresele así. Considérese lo que es en sí, lo que es para nosotros y lo que será para nosotros en el más allá y para siempre. Pensar íntima y seriamente en Cristo nos lleva a saber más de Él. Los judíos tenían una elevada opinión de la fidelidad de Moisés, pero su fidelidad era un tipo de la de Cristo. —Cristo fue el Señor de esta casa, de su Iglesia, que es su pueblo, y su Hacedor. Moisés fue un siervo fiel; Cristo, como el eterno Hijo de Dios, es el dueño legal y el Rey Soberano de la Iglesia. No sólo debemos establecernos bien en los caminos de Cristo, pero hemos de seguir y perseverar firmemente hasta el fin. Toda meditación en su Persona y su salvación, sugiere más sabiduría, nuevos motivos para amar, confiar y obedecer.

Vv. 7—13. Los días de tentación suelen ser los días de provocación. Sin duda es una provocación tentar a Dios cuando Él nos deja que veamos que dependemos y vivimos por entero de Él. El endurecimiento del corazón es la fuente de todos los demás pecados. Los pecados ajenos, especialmente los de nuestros parientes, deben ser alarma para nosotros. —Todo pecado, especialmente el pecado cometido por el pueblo privilegiado que profesa a Dios, no sólo provoca a Dios sino lo contrista. Dios detesta destruir a nadie en o por su pecado; espera mucho para ser bondadoso con ellos. Pero el pecado en que se persiste por largo tiempo, hace que la ira de Dios se revele al destruir al impenitente; no hay reposo bajo la ira de Dios. —“Cuidado”: todos los que van a llegar a salvo al cielo deben cuidarse; si una vez nos permitimos desconfiar de Dios, pronto podemos desertar de Él. Los que piensan que están firmes, miren que no caigan. Puesto que el mañana no nos pertenece, debemos aprovechar al máximo el día. No hay, ni siquiera los más fuertes del rebaño, quien no necesiten la ayuda de otros cristianos. Tampoco hay alguien tan bajo y despreciado cuyo cuidado en la fe y su seguridad, no pertenezca a todos. El pecado tiene tantos caminos y colores que necesitamos más ojos que los propios. El pecado parece justo, pero es vil; parece agradable, pero es destructivo; promete mucho, pero no cumple nada. Lo engañoso del pecado endurece el alma; un pecado permitido da lugar a otro; y cada acto de pecado confirma la costumbre. Que cada cual se cuide del pecado.

Vv. 14—19. El privilegio de los santos es que son hechos partícipes de Cristo, esto es, del Espíritu, la naturaleza, las virtudes, la justicia y la vida de Cristo; están interesados en todo lo que Cristo es, en todo lo que Él ha hecho o hará. El mismo espíritu con que los cristianos emprenden el camino de Dios, es el que deben mantener hasta el final. La perseverancia en la fe es la mejor prueba de la sinceridad de nuestra fe. Oír la palabra a menudo es un medio de salvación, pero si no se escucha, expondrá más a la ira divina. La dicha de ser partícipes de Cristo y de su salvación completa, y el temor a la ira de Dios y a la miseria eterna, deben estimularnos a perseverar en la vida de la fe obediente. Cuidémonos de confiar en privilegios o profesiones externas y pidamos ser contados con los creyentes verdaderos que entran al cielo cuando todos los demás fallan a causa de la incredulidad. Como nuestra obediencia sigue conforme al poder de nuestra fe, así nuestros pecados y la falta de cuidado se conforman al predominio de la incredulidad en nosotros.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—10. *Se exhorta al temor humilde y cauto, no sea que, debido a la incredulidad, alguien no entre en el reposo prometido.* 11—16. *Argumentos y motivos para tener fe y esperanza al acercarnos a Dios.*

Vv. 1—10. Los privilegios que tenemos con el evangelio son más grandes que los que había bajo la ley de Moisés aunque en sustancia se predicó el mismo evangelio en ambos Testamentos. En todo tiempo ha habido muchos oyentes no aprovechados; y la incredulidad se halla en la raíz de toda esterilidad cuando se está bajo la palabra. La fe del que oye es la vida de la palabra. Una triste consecuencia del descuido parcial y de una profesión vacilante y relajada es que, a menudo, hace que los hombres no la alcancen. Entonces, pongamos diligencia para que tengamos una entrada clara al reino de Dios. —Como Dios terminó su obra, y entonces descansó, hará que los que creen acaben su obra, y luego disfruten su reposo. Evidente es que resta un día de reposo para el pueblo de Dios, más espiritual y excelente que el del séptimo día, o aquel al cual Josué guió a los judíos. Este reposo es un reposo de gracia, consuelo y santidad en el estado del evangelio. Reposo en gloria es donde el pueblo de Dios disfrutará el fin de su fe y el objeto de todos sus deseos. El reposo, que es el tema del razonamiento del apóstol, y del cual, concluye que queda por ser disfrutado, es indudablemente el reposo celestial que queda para el pueblo de Dios y que se opone al estado de trabajos y trastorno de este mundo. Es el reposo que obtendrán cuando el Señor Jesús aparezca desde el cielo. Pero los que no creen nunca entrarán en este reposo espiritual, sea el de gracia aquí o el de gloria en el más allá. Dios siempre ha declarado que el reposo del hombre está en Él, y que su amor es la única dicha verdadera del alma; y la fe en sus promesas, por medio de su Hijo, es el único camino para entrar en aquel reposo.

Vv. 11—16. Nótese la finalidad propuesta: reposo espiritual y eterno; el reposo de gracia aquí, y el de gloria en el más allá; *en* Cristo en la tierra; *con* Cristo en el cielo. Después de la labor debida y diligente vendrá el reposo dulce y satisfactorio; el trabajo de ahora hará más placentero el reposo cuando llegue. Trabajemos y estimulémonos los unos a los otros a ser diligentes en el deber. —Las Sagradas Escrituras son la palabra de Dios. Cuando Dios la instala por su Espíritu, convence poderosamente, convierte poderosamente y consuela poderosamente. Hace que sea humilde el alma que ha sido orgullosa por mucho tiempo; el espíritu perverso sea manso y obediente. Los hábitos pecaminosos que se han vuelto naturales para el alma, estando profundamente arraigados en ella, son separados y cortados por la espada. Dejará al descubierto a los hombres sus pensamientos y propósitos, las vilezas de muchos, los malos principios que los mueven, las finalidades pecaminosas para las cuales actúan. La palabra mostrará al pecador todo lo que hay en su corazón. — Aferrémonos firmes las doctrinas de la fe cristiana en nuestras cabezas, sus principios vivificantes en nuestros corazones, su confesión franca en nuestros labios, y sometámonos a ellos en nuestras vidas. Cristo ejecutó una parte de su sacerdocio en la tierra al morir por nosotros; ejecuta la otra parte en el cielo, alegando la causa y presentando las ofrendas de su pueblo. A criterio de la sabiduría infinita fue necesario que el Salvador de los hombres fuera uno que tuviera el sentimiento de compañero que ningún ser, salvo un congénere, pudiera tener, y por tanto era necesario que experimentara realmente todos los efectos del pecado que pudieran separarse de su verdadera culpa real. Dios envió a su Hijo en la semejanza de la carne de pecado, Romanos viii, 3; pero mientras más santo y puro era Él, menos dispuesto debe de haber estado a pecar en su naturaleza y más profunda debe de haber sido la impresión de su mal; en consecuencia, más preocupado debe de haber estado Él por librar a su pueblo de la culpa y poder del pecado. —Debemos animarnos por la excelencia de nuestro Sumo Sacerdote para ir directamente al trono de la gracia. La misericordia y la gracia son las cosas que queremos; misericordia que perdone todos nuestros pecados, y gracia que purifique nuestras almas. Además de nuestra dependencia diaria de Dios para las provisiones presentes, hay temporadas para las cuales debemos proveer en nuestras oraciones; tiempos de tentación sea por la adversidad o la prosperidad, y especialmente en nuestro momento de morir.

Tenemos que ir al trono de justicia con reverencia y santo temor, pero no como arrastrados, sino invitados al trono de misericordia donde reina la gracia. Tenemos desnudo sólo por la sangre de Jesús para entrar al Lugar Santísimo; Él es nuestro Abogado y ha adquirido todo lo que nuestras almas puedan desear o querer.

CAPÍTULO V

Versículos 1—10. *El oficio y el deber del sumo sacerdote están abundantemente cumplidos en Cristo.* 11—14. *Los hebreos cristianos son reprendidos por su poco avance en el conocimiento del evangelio.*

Vv. 1—10. El Sumo Sacerdote debe ser un hombre, partícipe de nuestra naturaleza. Esto demuestra que el hombre había pecado. Porque Dios no tolerará que el hombre pecador vaya a Él por sí mismo. Pero es bienvenido a Dios todo el que vaya por medio de este Sumo Sacerdote; como valoramos la aceptación con Dios, y el perdón, debemos recurrir por fe a este Cristo Jesús, nuestro gran Sumo Sacerdote, que puede interceder por los que se hallan fuera del camino de la verdad, del deber y la dicha; Aquel que tiene la ternura para guiarlos de vuelta desde los desvíos del error, el pecado y la miseria. Sólo pueden esperar ayuda de Dios, su aceptación, y su presencia y bendición para ellos y sus servicios, los que son llamados por Dios. Esto se aplica a Cristo. —En los días de su encarnación, Cristo se sometió, Él mismo a la muerte: tuvo hambre; fue un Jesús tentado, sufriente y moribundo. Cristo dio el ejemplo no sólo de orar sino de ser ferviente para orar. ¡Cuántas oraciones secas, cuán poco humedecidas con lágrimas, ofrendamos a Dios! Él fue fortalecido para soportar el peso inmenso del sufrimiento cargado sobre Él. No hay liberación real de la muerte sino el ser llevado a través de ella. Él fue levantado y exaltado, y a Él fue dado el poder de salvar hasta lo sumo a todos los pecadores que van a Dios por medio de Él. —Cristo nos dejó el ejemplo para que nosotros aprendamos a obedecer humildemente la voluntad de Dios por todas nuestras aflicciones. Necesitamos la aflicción para aprender la sumisión. Su obediencia en nuestra naturaleza nos estimula en nuestros intentos de obedecer y para que esperemos sostén y consuelo en todas las tentaciones y sufrimientos a que estamos expuestos. Siendo perfeccionado para esta gran obra, Él es hecho Autor de eterna salvación para todos los que le obedecen, pero ¿estamos nosotros en ese número?

Vv. 11—14. Los oyentes sordos dificultan la predicación del evangelio y hasta los que tienen algo de fe pueden ser oyentes sordos y lentos para creer. Mucho se espera de aquellos a quienes mucho se les da. —Ser poco diestro denota la falta de experiencia en las cosas del evangelio. La experiencia cristiana es un sentido, sabor o placer espiritual de la bondad, dulzura y excelencia de las verdades del evangelio. Ninguna lengua puede expresar la satisfacción que recibe el alma de la sensación de la bondad, gracia y amor divinos en Cristo por ella.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—8. *Se insta a los hebreos a seguir adelante en la doctrina de Cristo, y se describen las consecuencias de la apostasía o rechazo.* 9, 10. *El apóstol expresa satisfacción por la mayoría de ellos.* 11—20. *Y los anima a perseverar en la fe y la santidad.*

Vv. 1—8. Debe exponerse toda parte de la verdad y la voluntad de Dios ante todos los que profesan el evangelio e instárselas en sus corazones y conciencias. No debemos estar siempre hablando de

cosas externas, las cuales tienen su lugar de uso pero, a menudo, consumen demasiado de nuestra atención y tiempo, que podrían emplearse mejor. —El pecado humillado que se declara culpable y clama misericordia, no puede tener fundamentos para desesperarse a partir de este pasaje, cualquiera sea la acusación de su conciencia. Tampoco prueba que alguien hecho nueva criatura en Cristo llegue a ser un apóstata definitivo. El apóstol no habla de las caídas de los meros profesos, nunca convictos ni influidos por el evangelio. Esos no tienen nada de que caerse sino un nombre vacío o una confesión hipócrita. Tampoco habla de los desvíos o resbalones temporarios. Tampoco se quiere representar aquí a esos pecados en que caen los cristianos por la fuerza de las tentaciones o el poder de alguna lujuria mundana o carnal. Aquí se alude a la caída que significa renunciar abierta y claramente a Cristo por enemistad de corazón contra Él, Su causa y pueblo, de parte de los hombres que en sus mentes aprueban los actos de Sus asesinos, y todo esto después que ellos han recibido el conocimiento de la verdad y saboreado algunos de sus consuelos. De ellos se dice que es imposible renovarlos otra vez para el arrepentimiento. No porque la sangre de Cristo sea insuficiente para obtener el perdón de este pecado sino que este pecado, por su misma naturaleza, se opone al arrepentimiento y a toda cosa que a ese conduzca. Si los que temen que no haya misericordia para ellos, por comprender erróneamente este pasaje y sus propios casos, atendieran el relato dado sobre la naturaleza de este pecado, que es una renuncia total y voluntaria de Cristo y su causa, uniéndose a sus enemigos, les aliviaría de sus temores equivocados. Nosotros mismos debemos tener cuidado, y advertir al prójimo, de todo acercamiento al abismo tan terrible de la apostasía, pero al hacerlo debemos mantenernos cerca de la palabra de Dios, teniendo cuidado de no herir ni aterrorizar al débil o desanimar al caído y penitente. Los creyentes no sólo saborean la palabra de Dios, sino que se la beben. Este fértil campo o huerto recibe la bendición. Pero el cristiano que lo es sólo de nombre, sigue estéril bajo los medios de gracia y nada produce, salvo engaño y egoísmo, estando cerca del espantoso estado recién descrito; la miseria eterna era el final reservado para él. Veamos con humilde cautela y oración por nosotros.

Vv. 9, 10. Hay cosas que nunca se separan de la salvación; cosas que muestran que la persona está en un estado de salvación y que terminará en la salvación eterna. Las cosas que acompañan a la salvación son cosas mejores de las que nunca disfrutaron el apóstata o el que se aparta. —Las obras de amor hechas para la gloria de Cristo o hechas a sus santos por amor a Cristo, de vez en cuando, según Dios da la oportunidad, son señales evidentes de la salvación del hombre; y marcas seguras de la gracia salvadora dada más que la iluminación y el saboreo de los que se habló antes. Ningún amor ha de ser reconocido como amor, sino el amor que obra; y ninguna obra es buena si no fluye del amor a Cristo.

Vv. 11—20. La esperanza aquí aludida es esperar con seguridad las cosas buenas prometidas por medio de esas promesas, con amor, deseo y valorándolas. La esperanza tiene sus grados como también los tiene la fe. La promesa de bendición que Dios ha hecho a los creyentes está, desde el eterno propósito de Dios, establecida entre el Padre eterno, el Hijo eterno y el Espíritu Santo eterno. Se puede confiar con toda seguridad de esta promesa de Dios, porque aquí tenemos *dos* cosas inmutables, el consejo y el voto de Dios, en que es imposible que Dios mienta, porque sería contrario a su naturaleza y a su voluntad. Como no puede mentir, la destrucción del incrédulo y la salvación del creyente son igualmente ciertas. —Nótese aquí que tienen derecho por herencia a las promesas aquellos a quienes Dios ha dado seguridad plena de la dicha. Los consuelos de Dios son suficientemente fuertes para sostener a su pueblo cuando está sometido a sus pruebas más pesadas. Aquí hay un refugio para todos los pecadores que huyen a la misericordia de Dios por medio de la redención en Cristo, conforme al pacto de gracia, dejando de lado a todas las demás confianzas. Estamos en este mundo como un barco en el mar, zarandeado de arriba abajo y corriendo el peligro de naufragar. Necesitamos un ancla que nos mantenga seguros y firmes. La esperanza del evangelio es nuestra ancla en las tormentas de este mundo. Es segura y firme, pues, de lo contrario no podría mantenernos así. La gracia gratuita de Dios, los méritos y la mediación de Cristo y las poderosas influencias de Su Espíritu, son las bases de esta esperanza, así que es una esperanza segura. Cristo es el objeto y el fundamento de la esperanza del creyente. Por tanto, depositemos nuestros afectos

en las cosas de lo alto y esperemos con paciencia su manifestación, cuando nosotros nos manifestaremos con Él ciertamente en gloria.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—3. *Comparación del sacerdocio de Melquisedec con el de Cristo.* 4—10. *Se señala la excelencia del sacerdocio de Cristo por sobre el sacerdocio levítico.* 11—25. *Esto se aplica a Cristo.* 26—28. *De esto reciben aliento la fe y la esperanza de la Iglesia.*

Vv. 1—3. Melquisedec salió al encuentro de Abraham cuando éste volvía de rescatar a Lot. Su nombre, “Rey de Justicia”, es indudablemente apto para su carácter que lo marca como tipo del Mesías y de su reino. El nombre de su ciudad significa “paz” y, como rey de paz era tipo de Cristo, el Príncipe de Paz, el gran reconciliador entre Dios y el hombre. Nada se registra acerca del comienzo o el fin de su vida, así que como tipo recuerda al Hijo de Dios, cuya existencia es desde la eternidad hasta la eternidad, que no hubo quien fuera antes de Él y que no tendrá a nadie que venga después de Él, en su sacerdocio. Cada parte de la Escritura honra al gran Rey de Justicia y de Paz, nuestro glorioso Sumo Sacerdote y Salvador, y mientras más le examinamos, más estaremos convencidos de que el testimonio de Jesús es el espíritu de profecía.

Vv. 4—10. El Sumo Sacerdote que iba a aparecer después, del cual Melquisedec era un tipo, debe ser muy superior a los sacerdotes levíticos. —Nótese la gran dignidad y felicidad de Abraham; él tuvo las promesas. Rico y dichoso es indudablemente el hombre que tiene las promesas de la vida que es ahora y la de la vida venidera. Este honor tienen todos los que reciben al Señor Jesús. Sigamos adelante, en nuestros conflictos espirituales, confiando en su palabra y su poder, atribuyendo nuestras victorias a su gracia y deseando ser hallados y bendecidos por Él en todos nuestros caminos.

Vv. 11—25. El sacerdocio y la ley, por la cual no podía venir la perfección, quedan terminados; un Sacerdote se levanta y se instala en una dispensación por la cual los creyentes verdaderos puedan ser perfeccionados. Claro es que hay ese cambio. La ley que hizo al sacerdocio levítico mostraba que los sacerdotes eran criaturas débiles, mortales, incapaces de salvar sus propias vidas, muchos menos podían salvar las almas de los que iban a ellos. Pero el Sumo Sacerdote de nuestra profesión tiene su oficio por el poder de la vida eterna que hay en Él; no sólo para mantenerse vivo Él mismo, sino para dar vida eterna y espiritual a todos los que confían en su sacrificio e intercesión. —El mejor pacto, del cual Jesús fue el fiador, no es aquí contrastado con el pacto de obras por el cual todo transgresor queda bajo la maldición. Se distingue del pacto del Sinaí con Israel y la dispensación legal bajo la cual permaneció por largo tiempo la Iglesia. El pacto mejor puso a la Iglesia y a todo creyente bajo una luz más clara, una libertad más perfecta y privilegios más abundantes. —En el orden de Aarón había una multitud de sacerdotes, sumos sacerdotes, uno tras otro, pero en el sacerdocio de Cristo hay solamente uno y Él mismo. Esta es la seguridad y la felicidad del creyente, que este Sumo Sacerdote eterno es capaz de salvar hasta lo sumo en todos los tiempos y en todos los casos. Seguramente entonces nos conviene desear la espiritualidad y la santidad, mucho más allá de la de los creyentes del Antiguo Testamento, porque nuestras ventajas exceden a las de ellos.

Vv. 26—28. Nótese la descripción de la santidad personal de Cristo. Él está libre de todos los hábitos o principios de pecado no teniendo la menor disposición a ello en su naturaleza. Nada de pecado habita en Él, ni la más mínima inclinación pecaminosa, aunque la hay en el mejor de los cristianos. Él es inocente, libre de todo pecado actual; Él no hizo pecado, ni hubo engaño en su boca. Él no es corrompido. Difícil es mantenernos puros como para no participar de la culpa de los pecados de otros hombres. Pero no tiene que desfallecer nadie que vaya a Dios en el nombre de su

Hijo amado. Que tengan la seguridad de que Él los librará en el tiempo de la prueba y el sufrimiento, en el tiempo de la prosperidad, en la hora de la muerte y en el día del juicio.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—6. *Se muestra la excelencia del sacerdocio de Cristo por sobre el de Aarón.* 7—13. *La gran excelencia del nuevo pacto respecto del anterior.*

Vv. 1—6. La sustancia o resumen de lo declarado era que los cristianos tenían un Sumo Sacerdote como el que necesitaban. Asumió la naturaleza humana, se manifestó en la tierra y ahí se dio como sacrificio a Dios por los pecados de su pueblo. No nos atrevamos a acercarnos a Dios, o a presentarle nada, sino en Cristo y a través de Él, dependiendo de sus méritos y mediación, porque somos aceptos sólo en el Amado. En toda obediencia y adoración debemos mantenernos cerca de la palabra de Dios que es la norma única y perfecta. Cristo es la sustancia y la finalidad de la ley de la justicia. Pero el pacto aquí aludido fue hecho con Israel como nación, asegurándoles los beneficios temporales. Las promesas de todas las bendiciones espirituales y de la vida eterna, reveladas en el evangelio, y garantizadas por medio de Cristo, son de valor infinitamente mayor. Bendigamos a Dios porque tenemos un Sumo Sacerdote idóneo para nuestra indefensa condición.

Vv. 7—13. La excelencia superior del sacerdocio de Cristo, por encima del de Aarón, se señala a partir del pacto de gracia, del cual Cristo es Mediador. La ley no sólo hacía que todos los sometidos a ella estuviesen sujetos a condenación por la culpa del pecado, sino era también incapaz de quitar la culpa y de limpiar la conciencia del sentido y terror de ella. En cambio, por la sangre de Cristo, se provee la plena remisión de pecados, de modo que Dios no los recordara más. —Dios escribió una vez sus leyes a su pueblo, ahora las escribirá *en* ellos; Él les dará entendimiento para que conozcan y crean sus leyes; les dará memoria para retenerlas; les dará corazones para amarlas; valor para profesarlas y poder para ponerlas en práctica. Este es el fundamento del pacto; y cuando este sea puesto, el deber será efectuado con sabiduría, sinceridad, presteza, facilidad, resolución, constancia y consuelo. Un derramamiento pleno del Espíritu de Dios hará tan eficaz la ministración del evangelio que habrá un fuerte incremento y difusión del conocimiento cristiano en todas las clases de personas. ¡Oh, que esta promesa se cumpla en nuestros días, que la mano de Dios esté con sus ministros para que grandes números crean y sean convertidos al Señor! —El perdón de pecado siempre será hallado en compañía del verdadero conocimiento de Dios. Nótese la libertad de este perdón: su plenitud, su certidumbre. Esta misericordia que perdona está conectada con todas las demás misericordias espirituales: el pecado sin perdonar estorba la misericordia, y acarrea juicios; pero el perdón del pecado impide el juicio, y abre una amplia puerta a todas las bendiciones espirituales. —Preguntémonos si somos enseñados por el Espíritu Santo a conocer a Cristo, de modo que le amemos, temamos, confiemos y obedezcamos rectamente. Todas las vanidades del mundo, los privilegios externos o las puras nociones religiosas se desvanecerán pronto, y dejarán a los que confiaron en ellas, en la eterna miseria.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—5. *El tabernáculo judío y sus utensilios.* 6—10. *Su uso y significado.* 11—22.

Cumplidos en Cristo. 23—28. *La necesidad, la dignidad superior y el poder de su sacerdocio y sacrificio.*

Vv. 1—5. El apóstol muestra a los hebreos sus ceremonias como tipo de Cristo. El tabernáculo era un templo móvil que era sombra de la situación inestable de la Iglesia en la tierra, y de la naturaleza humana del Señor Jesucristo, en quién habitó corporalmente la plenitud de la Deidad. El significado del tipo de estas cosas ha sido señalado en comentarios anteriores, y las ordenanzas y los artículos del pacto mosaico apuntan a Cristo como nuestra Luz, y Pan de vida para nuestras almas; y nos recuerdan su Persona divina, su sacerdocio santo, su justicia perfecta y su intercesión absolutamente vencedora. Así era todo en todo el Señor Jesucristo desde el comienzo. Según la interpretación del evangelio estas cosas son una representación gloriosa de la sabiduría de Dios y confirman la fe en quien fue prefigurado por ellas.

Vv. 6—10. El apóstol sigue hablando de los servicios del Antiguo Testamento. Al haberse propuesto Cristo ser nuestro Sumo Sacerdote, no podía entrar en el cielo hasta derramar su sangre por nosotros; y tampoco nadie puede entrar a la bondadosa presencia de Dios aquí, o a su gloriosa presencia en el más allá, sino por la sangre de Jesús. Los pecados son errores, errores enormes de juicio y de práctica, y ¿quién puede entender todos sus errores? Ellos dejan la culpa en la conciencia, que hay que lavar sólo por la sangre de Cristo. Podemos usar como argumento esta sangre en la tierra mientras Él intercede por nosotros en el cielo. —Unos pocos creyentes por la enseñanza divina vieron algo del camino de acceso a Dios, de la comunión con Él y de la admisión al cielo por medio del Redentor prometido; pero los israelitas en general no vieron más allá de las formas externas. Estas no podían terminar la corrupción ni el dominio del pecado. Tampoco podían saldar las deudas ni resolver las dudas del que hacía el servicio. Los tiempos del evangelio son, y deben ser, tiempos de reforma, de luz más clara acerca de todas las cosas necesarias que hay que saber, y de amor más grande, haciendo que no tengamos mala voluntad a nadie, y buena voluntad para todos. Tenemos mayor libertad de espíritu y de hablar en el evangelio y obligaciones mayores de llevar una vida más santa.

Vv. 11—14. Todas las cosas buenas pasadas, presentes y futuras estuvieron y están fundamentadas en el oficio sacerdotal de Cristo y de ahí nos vienen. Nuestro Sumo Sacerdote entró al cielo de una sola vez por todas y obtuvo la eterna redención. El Espíritu Santo significó y mostró después que los sacrificios del Antiguo Testamento sólo liberaban al hombre externo de la inmundicia ceremonial, y los equipaba para algunos privilegios externos. ¿Qué dio tal poder a la sangre de Cristo? Fue que Cristo se ofrendó a sí mismo sin ninguna mancha pecaminosa en su naturaleza o vida. Esto limpia la conciencia más culpable de las obras muertas o mortales para servir al Dios vivo; de las obras pecadoras, como las que contaminan el alma, como los cuerpos muertos contaminaban a las personas de los judíos que los tocaban; en cambio, la gracia que sella el perdón crea de nuevo al alma contaminada. Nada destruye más la fe del evangelio que debilitar por cualquier medio el poder directo de la sangre de Cristo. No podemos penetrar en la profundidad del misterio del sacrificio de Cristo, no podemos aprehender su altura. No podemos indagar en su grandeza ni la sabiduría, el amor, y la gracia que hay en Él. Pero al considerar el sacrificio de Cristo, la fe encuentra vida, alimento y renovación.

Vv. 15—22. Los tratos solemnes de Dios con el hombre son, a veces, llamados pacto, aquí testamento, que es la voluntad de una persona de dejar legado a las personas que nombra, y que sólo se hace efectivo a su muerte. Así, pues, Cristo murió no sólo para obtener las bendiciones de la salvación para nosotros, sino para dar poder a su disposición. Todos nos hicimos culpables ante Dios, por el pecado, y renunciemos a toda cosa buena, pero Dios, dispuesto a demostrar la grandeza de su misericordia, proclamó un pacto de gracia. Nada podía ser limpio para un pecador, ni siquiera sus deberes religiosos salvo que fuera quitada su culpa por la muerte de un sacrificio, de valor suficiente para ese fin, y a menos, que dependiera continuamente de ello. Atribuyamos todas las verdaderas buenas obras a la misma causa que todo lo procura, y ofrezcamos nuestros sacrificios espirituales como rociados con la sangre de Cristo, y seamos así purificados de su contaminación.

Vv. 23—28. Evidente es que los sacrificios de Cristo son infinitamente mejores que los de la ley, que no podían procurar el perdón por el pecado ni impartir poder contra el pecado que hubiera seguido sobre nosotros, y hubiera tenido dominio de nosotros, pero Jesucristo, por un sacrificio,

destruyó las obras del diablo, para que los creyentes fuesen hechos justos, santos y felices. Como ninguna sabiduría, conocimiento, virtud, riqueza o poder puede impedir que muera uno de la raza humana, así nada puede librar a un pecador de ser condenado en el día del juicio, salvo el sacrificio expiatorio de Cristo; ni tampoco será salvado del castigo eterno aquel que desprecie o rechace esta gran salvación. —El creyente sabe que su Redentor vive y que lo verá. Aquí está la fe y la paciencia de la Iglesia, de todos los creyentes sinceros. De ahí, pues, su oración continua como fruto y expresión de la fe de ellos. Amén, así sea, ven, Señor Jesús.

CAPÍTULO X

Versículos 1—18. *La insuficiencia de los sacrificios para quitar el pecado.—La necesidad y el poder del sacrificio de Cristo con ese propósito.* 19—25. *Un argumento a favor de la santa osadía del acceso del creyente a Dios a través de Jesucristo.—La constancia de la fe, el amor y el deber mutuos.* 26—31. *El peligro de la apostasía.* 32—39. *Los sufrimientos de los creyentes, y la exhortación a mantener su santa profesión.*

Vv. 1—10. Habiendo mostrado que el tabernáculo y las ordenanzas del pacto del Sinaí eran solamente emblemas y tipos del evangelio, el apóstol concluye que los sacrificios que los sumos sacerdotes ofrecían continuamente no podían perfeccionar a los adoradores en cuanto al perdón y la purificación de sus conciencias, pero cuando “Dios manifestado en carne” se hizo sacrificio, y el rescate fue su muerte en el madero maldito, entonces, por ser de infinito valor el que sufrió, sus sufrimientos voluntarios fueron de infinito valor. El sacrificio expiatorio debe ser capaz de consentimiento, y debe ponerse por propia voluntad en el lugar del pecador: Cristo hizo así. La fuente de todo eso que Cristo ha hecho por su pueblo es la soberana voluntad y gracia de Dios. La justicia introducida y el sacrificio ofrendado una sola vez por Cristo son de poder eterno, y su salvación nunca será quitada. Son de poder para hacer perfectos a todos los que vengan a Él; ellos sacan de la sangre expiatoria la fuerza y los motivos para obedecer y para el consuelo interior.

Vv. 11—18. Bajo el nuevo pacto o la dispensación del evangelio, se tiene perdón pleno y definitivo. Esto significa una enorme diferencia del pacto nuevo respecto del antiguo. En el *antiguo* debían repetirse a menudo los sacrificios, y después de todo, se obtenía por ellos perdón sólo en este mundo. Bajo el *nuevo*, basta con un solo Sacrificio para procurar el perdón espiritual de todas las naciones y todas las eras, o para ser librado del castigo en el mundo venidero. Bien se puede llamar pacto *nuevo* a este. Que nadie suponga que las invenciones humanas pueden valer de algo para quienes los pongan en lugar del sacrificio del Hijo de Dios. ¿Qué queda entonces sino que busquemos un interés por fe en este Sacrificio; y el sello de ello en nuestras almas por la santificación del Espíritu para obediencia? Así que, como la ley está escrita en nuestros corazones, podemos saber que somos justificados, y que Dios no recordará más nuestros pecados.

* * * * *

Vv. 19—25. Habiendo terminado la primera parte de la epístola, el apóstol aplica la doctrina a propósitos prácticos. Como los creyentes tenían el camino abierto a la presencia de Dios, entonces les convenía usar este privilegio. El camino y los medios por los cuales los cristianos disfrutaban de estos privilegios pasa por la sangre de Jesús, por el mérito de esa sangre que Él ofrendó como sacrificio expiatorio. El acuerdo de la santidad infinita con la misericordia que perdona, no se entendió claramente hasta que la naturaleza humana de Cristo, el Hijo de Dios, fue herida y molida por nuestros pecados. Nuestro camino al cielo pasa por el Salvador crucificado; su muerte es para

nosotros el camino de vida y para los que creen esto, Él es precioso. Deben acercarse a Dios; sería despreciar a Cristo seguir de lejos. —Sus cuerpos tenían que ser lavados con agua pura, aludiendo a los lavamientos ordenados por la ley: de esta manera, el uso del agua en el bautismo era para recordar a los cristianos que sus conductas deben ser puras y santas. Como ellos derivan consuelo y gracia de su Padre reconciliado a sus propias almas, adornan la doctrina de Dios su Salvador en todas las cosas. —Los creyentes tienen que considerar cómo pueden servirse los unos a los otros, especialmente estimulándose unos a otros al ejercicio más vigoroso y abundante del amor, y a la práctica de las buenas obras. La comunión de los santos es una gran ayuda y privilegio, y un medio de constancia y perseverancia. Debemos observar la llegada de tiempos de prueba, y por ellos ser despertados a una mayor diligencia. Hay un día de prueba que viene para todos los hombres: el día de nuestra muerte.

Vv. 26—31. Las exhortaciones contra la apostasía y a favor de la perseverancia son enfatizadas por muchas razones de peso. El pecado aquí mencionado es la falla total y definitiva en que los hombres desprecian y rechazan, con voluntad y resolución total y firme, a Cristo el único Salvador; desprecian y resisten al Espíritu, el único Santificador; y desprecian y renuncian al evangelio, el único camino a la salvación, y las palabras de vida eterna. De esta destrucción Dios da, todavía en la tierra, un aviso previo temible a las conciencias de algunos pecadores, que pierden la esperanza de ser capaces de soportarla o de escaparse de ella. Pero ¿qué castigo puede ser más doloroso que morir *sin* misericordia? Respondemos, morir *por* misericordia, *por* la misericordia y la gracia que ellos despreciaron. ¡Qué temible es el caso cuando no sólo la justicia de Dios, sino su gracia y misericordia, abusadas, claman venganza! Todo esto no significa en lo más mínimo que queden excluidas de la misericordia las almas que se lamentan por el pecado, o que se les niegue el beneficio del sacrificio de Cristo a alguien dispuesto a aceptar estas bendiciones. Cristo no echará fuera al que acuda a Él.

Vv. 32—39. Muchas y variadas aflicciones se conjugaron contra los primeros cristianos y ellos tuvieron gran conflicto. El espíritu cristiano no es un espíritu egoísta; nos lleva a compadecer al prójimo, a visitarles, ayudarles y rogar por ellos. —Aquí todas las cosas no son sino sombras. La felicidad de los santos durará para siempre en el cielo; los enemigos nunca pueden quitarla, como los bienes terrenales. Esto hará rica restauración por todo lo que perdimos y sufrimos aquí. La parte más grande de la dicha de los santos está todavía en la promesa. Es una prueba de la paciencia de los cristianos tener que contentarse con vivir después que su obra esté hecha, y seguir en pos de su recompensa hasta que llegue el tiempo de Dios para darla. Pronto Él vendrá a ellos, en la muerte, para terminar todos sus sufrimientos y darles la corona de vida. El actual conflicto del cristiano puede ser agudo, pero pronto terminará. Dios nunca se complace con la profesión formal y los deberes y servicios externos de los que no perseveran, sino que los contempla con mucho desagrado. Los que han sido mantenidos fieles en las grandes pruebas del tiempo pasado, tienen razón para esperar que la misma gracia les ayude aún a vivir por fe hasta que reciban el objetivo de su fe y paciencia, la salvación misma de sus almas. Viviendo por fe y muriendo por fe nuestras almas están a salvo para siempre.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—3. *Se describe la naturaleza y el poder de la fe.* 4—7. *Se la establece por los casos desde Abel a Noé.* 8—19. *Por Abraham y sus descendientes.* 20—31. *Por Jacob, José, Moisés, los israelitas y Rahab.* 32—38. *Por otros creyentes del Antiguo Testamento.* 39, 40. *La mejor situación de los creyentes del evangelio.*

Vv. 1—3. La fe siempre ha sido la marca de los siervos de Dios desde el comienzo del mundo. Donde el Espíritu regenerador de Dios implanta el principio, hará que se reciba la verdad acerca de

la justificación por medio de los sufrimientos y los méritos de Cristo. Las mismas cosas que son el objeto de nuestra esperanza son el objeto de nuestra fe. Es una firme persuasión y expectativa de que Dios cumplirá todo lo que nos ha prometido en Cristo. Este convencimiento da al alma el goce de esas cosas ahora; les da una subsistencia o realidad en el alma por las primicias y anticipo de ellas. La fe demuestra a la mente la realidad de las cosas que no se pueden ver con los ojos del cuerpo. Es la plena demostración de todo lo revelado por Dios como santo, justo y bueno. Este enfoque de la fe se explica mediante el ejemplo de muchas personas de tiempos pasados que obtuvieron buen testimonio o un carácter honorable en la palabra de Dios. La fe fue el principio de su santa obediencia, sus servicios notables y sufrimientos pacientes. —La Biblia da el relato más veraz y exacto de todas las cosas y tenemos que creerlos sin discutir el relato de la creación que dan las Escrituras, porque no corresponda con las fantasías divergentes de los hombres. Todo lo que vemos de las obras de la creación fueron llevadas a cabo por orden de Dios.

Vv. 4—7. Aquí siguen algunos ejemplos ilustres de fe de gente del Antiguo Testamento. Abel trajo un sacrificio expiatorio de las primicias del rebaño, reconociéndose como pecador que merecía morir y esperando misericordia sólo por medio del gran Sacrificio. La ira y enemistad orgullosa de Caín contra el aceptado adorador de Dios, condujeron al espantoso efecto que los mismos principios producen en toda época: la persecución cruel y hasta el asesinato de los creyentes. Por fe Abel habla todavía, aunque está muerto; dejó un ejemplo instructivo y elocuente. —Enoc fue trasladado o transportado, porque no vio muerte; Dios lo llevó al cielo como hará Cristo con los santos que estén vivos en su segunda venida. No podemos ir a Dios a menos que creamos que Él es lo que Él mismo ha revelado ser en las Escrituras. Los que desean hallar a Dios, deben buscarlo con todo su corazón. —La fe de Noé influyó en su práctica: lo llevó a preparar el arca. Su fe condenó la incredulidad de los demás; y su obediencia condenó el desprecio y la rebelión de ellos. Los buenos ejemplos convierten a los pecadores o los condenan. Esto muestra cómo los creyentes, estando advertidos por Dios que huyan de la ira venidera, son movidos por el temor, a refugiarse en Cristo y llegan a ser herederos de la justicia de la fe.

Vv. 8—19. A menudo somos llamados a dejar las conexiones, los intereses y las comodidades del mundo. Si somos herederos de la fe de Abraham debemos obedecer y seguir adelante aunque no sepamos qué nos pasará; y seremos hallados en el camino del deber buscando el cumplimiento de las promesas de Dios. La prueba de la fe de Abraham fue que él simplemente obedeciera con plenitud el llamado de Dios. Sara recibió la promesa como promesa de Dios; estando convencida de aquello, ella juzgaba verdaderamente que él podría y querría cumplir. —Muchos que tienen parte en las promesas no reciben pronto las cosas prometidas. La fe puede aferrarse a las bendiciones desde una gran distancia; puede hacerlas presentes; puede amarlas y regocijarse en ellas, aunque sean extrañas; como santos cuyo hogar es el cielo; como peregrinos que viajan hacia su hogar. Por fe ellos vencieron los terrores de la muerte y dieron un adiós jubiloso a este mundo y a todos sus beneficios y cruces. Los que una vez fueron llamados y sacados, verdadera y salvíficamente, del estado pecaminoso, no se interesan por retornar. Todos los creyentes verdaderos desean la herencia celestial; y mientras más fuerte sea la fe, más fervientes serán sus deseos. A pesar de la maldad de su naturaleza, de su vileza por el pecado y de la pobreza de su condición externa, Dios no se avergüenza de ser llamado el Dios de todos los creyentes verdaderos; tal es su misericordia, tal es su amor por ellos. Que ellos nunca se avergüencen de ser llamados su pueblo, ni de ninguno de los que son verdaderamente así, por más que sean despreciados en el mundo. Por sobre todo, que ellos se cuiden de no ser una vergüenza ni reproche para su Dios. —La prueba y acto más grandiosos de fe registrado, es Abraham que ofrece a Isaac, Génesis xxii, 2. Ahí toda palabra es una prueba. Nuestro deber es eliminar nuestras dudas y temores mirando, como hizo Abraham, al poder omnipotente de Dios. La mejor forma de disfrutar de nuestras bendiciones es darlas a Dios; entonces Él nos devolverá en la mejor forma para nosotros. Miremos hasta qué punto nuestra fe ha causado una obediencia semejante, cuando hemos sido llamados a actos menores de abnegación o a hacer sacrificios más pequeños en nuestro deber. ¿Hemos entregado lo que se nos pidió, creyendo plenamente que el Señor compensará todas nuestras pérdidas y hasta nos bendecirá con las

dispensaciones más aflictivas?

Vv. 20—31. Isaac bendijo a Jacob y Esaú respecto a cosas venideras. Las cosas presentes no son las mejores; nadie conoce el amor o el odio teniéndolos o queriéndolos. Jacob vivió por fe y murió *por fe y en fe*. Aunque la gracia de la fe siempre sirve durante toda nuestra vida, especialmente es así cuando nos toca morir. La fe tiene una gran obra que hacer al final para ayudar al creyente a morir para el Señor, dándole honra a Él con paciencia, esperanza y gozo. —José fue probado por las tentaciones a pecar, por la persecución para mantener su integridad, y fue probado por los honores y el poder en la corte de faraón, pero su fe superó todo eso. —Es gran misericordia estar libres de las leyes y edictos malos, pero cuando no lo estemos, debemos recurrir a todos los medios legales para nuestra seguridad. En esta fe de los padres de Moisés había una mezcla de incredulidad, pero agradó a Dios pasarla por alto. La fe da fuerzas contra el temor pecador y esclavizante a los hombres; pone a Dios ante el alma, muestra la vanidad de la criatura y todo eso que debe dar lugar a la voluntad y al poder de Dios. Los placeres del pecado son y serán cortos; deben terminar en pronto arrepentimiento o en pronta ruina. Los placeres de este mundo son en su mayoría deleites de pecado; siempre lo son cuando no podemos disfrutarlos sin apartarnos de Dios y de su pueblo. Es mejor optar por sufrir, que por pecar; hay más mal en el pecado menor, de lo que puede haber en el mayor sufrimiento. El pueblo de Dios es, y siempre ha sido, un pueblo vituperado. El mismo Cristo se cuenta como vituperado en sus oprobios, y de ese modo los vituperios llegan a ser riqueza más grandes que los tesoros del imperio más rico del mundo. Moisés hizo su elección cuando estaba maduro para juicio y deleite, capaz de saber lo que hacía y por qué lo hacía. Necesario es que las personas sean seriamente religiosas, que desprecien al mundo cuando sean más capaces de deleitarse en él y de disfrutarlo. Los creyentes pueden y deben respetar la recompensa del premio. —Por fe podemos estar totalmente seguros de la providencia de Dios y de su graciosa y poderosa presencia con nosotros. Tal vista de Dios capacitará a los creyentes para soportar hasta el fin, sea lo que fuere que hallen en el camino. No se debe a nuestra propia justicia ni a mejores logros que seamos salvados de la ira de Dios, sino a la sangre de Cristo y a su justicia imputada. La fe verdadera hace que el pecado sea amargo para el alma, aunque reciba el perdón y la expiación. Todos nuestros privilegios espirituales en la tierra debieran estimularnos en nuestro camino al cielo. El Señor hará caer hasta a Babilonia ante la fe de su pueblo, y cuando tiene algo grande que hacer por ellos, suscita una fe grande y fuerte en ellos. —El creyente verdadero desea no sólo estar en pacto con Dios, sino en comunión con el pueblo de Dios, y está dispuesto a echar con ellos su suerte. Rahab se declaró por sus obras como justa. Se manifiesta claramente que ella no fue justificada por sus obras, porque la obra que ella hizo era defectuosa en su manera y no era perfectamente buena, por tanto, no respondía a la perfecta justicia o rectitud de Dios.

Vv. 32—38. Después de todo nuestro escudriñar las Escrituras, hay más que aprender de ellas. Debiera complacernos pensar cuán grande fue el número de los creyentes del Antiguo Testamento, y cuán firme era su fe, aunque su objeto no estaba, entonces, tan claramente dados a conocer como ahora. Debemos lamentar que ahora, en los tiempos del evangelio, cuando la regla de la fe es más clara y perfecta, sea tan pequeño el número de los creyentes y tan débil su fe. Es la excelencia de la gracia de la fe, que mientras ayuda a los hombres a hacer grandes cosas, como Gedeón, les impide pensar cosas grandes y elevadas acerca de sí mismos. La fe, como la de Barac, recurre a Dios en todos los peligros y dificultades, y entonces responde agradecida a Dios por todas sus misericordias y liberaciones. —Por fe, los siervos de Dios vencerán aun al león rugiente que anda viendo a quien devorar. La fe de los creyentes dura hasta el final, y al morir, le da la victoria sobre la muerte y sobre todos sus enemigos mortales, como a Sansón. La gracia de Dios suele fijarse sobre personas totalmente inmerecedoras, y muy poco merecedoras para hacer grandes cosas por ellos y para ellos. Pero la gracia de la fe, dondequiera que esté, pondrá a los hombres a reconocer a Dios en todos sus caminos, como a Jefté. Hará osados y valerosos a los hombres en una causa buena. Pocos se hallaron con pruebas más grandes, pocos mostraron una fe más viva que David, y él dejó un testimonio en cuanto a las pruebas y los actos de fe en el libro de los Salmos, que ha sido y siempre será de gran valor para el pueblo de Dios. Probablemente los que van a crecer para distinguirse por

su fe, empiecen a veces a ejercerla como Samuel. La fe capacitará al hombre para servir a Dios y a su generación en toda forma en que pudiera ser empleada. —Los intereses y los poderes de los reyes y los reinos suelen oponerse a Dios y a su pueblo, pero Dios puede someter fácilmente a todos los que se pongan en contra. Obrar justicia es honor y dicha más grande que hacer milagros. Por fe tenemos el consuelo de las promesas y por fe somos preparados a esperar las promesas y a recibirlas a su debido tiempo. Aunque no esperemos ver que nuestros parientes o amigos muertos son restaurados a la vida en este mundo, de todos modos la fe nos sostendrá al perderlos y nos dirigirá a la esperanza de una resurrección mejor. —¿Nos sorprenderemos más por la maldad de la naturaleza humana que es capaz de crueldades tan espantosas con sus congéneres, o con la excelencia de la gracia divina que es capaz de sostener al fiel sometido a esas crueldades y hacerlos pasar a salvo por todas ellas? ¡Qué diferencia hay entre el juicio de Dios a un santo y el del hombre! El mundo no es digno de los santos perseguidos e injuriados a quienes sus perseguidores reconocieron como indignos de vivir. No son dignos de su compañía, ejemplo, consejo y otros beneficios. Porque ellos no sabían qué es un santo ni el valor de un santo, ni cómo usarlo; ellos odian y echan lejos a los tales, como hace con la ofrenda de Cristo y su gracia.

Vv. 39, 40. El mundo considera que los justos no son dignos de vivir en el mundo y Dios declara que el mundo no es digno de ellos. Aunque el justo y el mundo difieran ampliamente en su juicio, concuerdan en esto: que no es apropiado que los hombres buenos tengan reposo en este mundo. Por tanto, Dios los recibe fuera de este. El apóstol dice a los hebreos que Dios proveyó cosas mejores *para* ellos, por tanto, deben estar seguros que él esperaba cosas buenas *de* ellos. Como nuestras ventajas, con las cosas mejores que Dios ha provisto para nosotros, están mucho más allá de las de ellos, así debe ser más grande nuestra obediencia por fe, nuestra paciencia esperanzada y nuestro trabajo de amor. A menos que tengamos una fe verdadera como tenían estos creyentes, ellos se levantarán para condenarnos en el día postrero. Entonces, oremos continuamente por el aumento de nuestra fe, para que podamos seguir estos ejemplos brillantes y con ellos ser, a la larga, perfeccionados en santidad y felicidad, y brillar como el sol en el reino de nuestro Padre para siempre jamás.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—11. *Exhortación a ser constante y perseverar—Se presenta el ejemplo de Cristo, y el designio de la gracia de Dios en todos los sufrimientos que soportan los creyentes.* 12—17. *Se recomiendan la paz y la santidad con advertencia contra el desprecio de las bendiciones espirituales.* 18—29. *La dispensación del Nuevo Testamento es demostrada como más excelente que la del Antiguo Testamento.*

Vv. 1—11. La obediencia perseverante por fe en Cristo era la carrera puesta ante los hebreos en la cual debían ganar la corona de gloria o tener la miseria eterna como su porción; se nos expone. Por el pecado que tan fácilmente nos asedia, entendamos que el pecado es a lo que más nos inclinamos, a lo cual estamos más expuestos, por costumbre, edad o circunstancias. Esta es una exhortación de suma importancia, porque mientras permanezca sin ser subyugado el pecado favorito, sea cual sea, de un hombre, le impedirá correr la carrera cristiana, porque le quita toda motivación para correr y da entrada al desaliento más completo. —Cuando estén agotados y débiles en sus mentes, recuerden que el santo Jesús sufrió para salvarlos de la desgracia eterna. Mirando fijamente a Jesús, sus pensamientos fortalecerán santos afectos y subyugarán los deseos carnales; entonces, pensemos frecuentemente en Él. ¿Qué son nuestras pequeñas pruebas comparadas con sus agonías o siquiera con nuestras desolaciones? ¿Qué son en comparación con los sufrimientos de tantos otros? Hay en los creyentes una inclinación a agotarse y debilitarse cuando son sometidos a pruebas y aflicciones; esto es por la imperfección de sus virtudes y los vestigios de la corrupción. Los cristianos no deben

desmayar bajo sus pruebas. Aunque sus enemigos y perseguidores sean instrumentos para infligir sufrimientos, son de todos modos, disciplina divina; su Padre celestial tiene su mano en todo y su fin sabio es responder por todo. No deben tomar con liviandad sus aflicciones ni entristecerse bajo ellas, porque son la mano y la vara de Dios, su reprimenda por el pecado. No deben deprimirse ni hundirse bajo las pruebas, afanarse ni irritarse, sino soportar con fe y paciencia. Dios puede dejar solos a los demás en sus pecados, pero corregirá el pecado en sus propios hijos. Actúa en esto como corresponde a un padre. Nuestros padres terrenales nos castigan a veces para satisfacer sus propias pasiones más que para reformar nuestros modales. Pero el Padre de nuestras almas nunca quiere apenar ni afligir a sus hijos. Siempre es para nuestro provecho. Toda nuestra vida aquí es un estado infantil e imperfecto en cuanto a las cosas espirituales; por tanto, debemos someternos a la disciplina de tal estado. Cuando lleguemos al estado perfecto estaremos plenamente reconciliados con todas las disciplinas presentes de Dios para con nosotros. La corrección de Dios no es condenación; el castigo puede ser soportado con paciencia y fomenta grandemente la santidad. Entonces, aprendamos a considerar las aflicciones que nos acarrea la maldad de los hombres como correcciones enviadas por nuestro bondadoso y santo Padre para nuestro bien espiritual.

Vv. 12—17. Una carga aflictiva puede hacer que se caigan las manos del cristiano y que sus rodillas se debiliten, en desesperación y desaliento; pero debe luchar contra esto para correr mejor su carrera. La fe y la paciencia capacitan a los creyentes para seguir la paz y la santidad como un hombre que sigue su vocación constante, diligentemente y con placer. La paz con los hombres, de todas las sectas y partidos, será favorable para nuestra búsqueda de la santidad. Pero la paz y la santidad van juntas, no puede haber paz justa sin santidad. Donde las personas no logran tener la gracia verdadera de Dios, prevalecerá e irrumpirá la corrupción; tened cuidado, no sea que alguna concupiscencia del corazón sin mortificar, que parezca muerta, brote para perturbar y trastornar a todo el cuerpo. —Descarriarse de Cristo es el fruto de preferir los placeres de la carne a la bendición de Dios, y a la herencia celestial, como hizo Esaú. Pero los pecadores no siempre tendrán pensamientos tan viles de la bendición y la herencia divina como los tienen ahora. Concuerta con la disposición profana del hombre desear la bendición, pero despreciar los medios por los cuales debe obtenerse la bendición, porque Dios nunca separa la bendición del medio, ni une la bendición con la satisfacción de la lujuria del hombre. La misericordia de Dios y su bendición nunca se buscan con cuidado sin obtenerse.

Vv. 18—29. El monte Sinaí, donde fue formada la iglesia del estado judío, era un monte que podía ser tocado aunque estaba prohibido hacerlo, lugar que podía sentirse, así que la dispensación mosaica fue en gran parte de cosas externas y terrenales. El estado del evangelio es amable y condescendiente, adecuado para nuestra débil constitución. Todos podemos ir con franqueza a la presencia de Dios si estamos bajo el evangelio. Pero el más santo debe desesperar, si es juzgado por la santa ley dada en el Sinaí sin tener un Salvador. La iglesia del evangelio es llamada Monte Sion, porque allí los creyentes tienen una visión más clara del cielo y un temperamento más celestial del alma. Todos los hijos de Dios son herederos y cada uno tiene los privilegios del primogénito. Pareciera haberse equivocado de camino, lugar, estado y compañía el alma que supone que va a unirse en lo alto a esa gloriosa asamblea e iglesia, pero sin estar aún familiarizada con Dios, siguiendo orientada carnalmente, amando este mundo actual y el presente estado de las cosas, mirando atrás con ojo anheloso, llena de soberbia y culpa, llena de lujurias. Sería incómodo para ella y para los que la rodean. —Cristo es el Mediador del nuevo pacto entre Dios y el hombre, para reunirlos en este pacto; para mantenerlos juntos; para interceder por nosotros ante Dios, y por Dios ante nosotros; para finalmente reunir a Dios y su pueblo en el cielo. Este pacto está afirmado por la sangre de Cristo rociada sobre nuestras conciencias como era rociada la sangre del sacrificio sobre el altar y sobre la víctima. Esta sangre de Cristo habla por cuenta de los pecadores; ruega no por venganza, sino por misericordia. —Entonces, cuidaos de no rechazar su bondadoso llamado y su oferta de salvación. Cuidaos de no rechazar al que habla desde el cielo con infinita ternura y amor; porque ¿cómo podrían escapar los que rechazan a Dios con incredulidad o apostasía, mientras Él con tanta bondad les ruega que se reconcilien y reciban su favor eterno! El trato de Dios con los

hombres, bajo el evangelio, en un camino de gracia, nos asegura que tratará con los que desprecian el evangelio en un camino de juicio. No podemos adorar a Dios en forma aceptable a menos que le adoremos con reverencia y santo temor. Sólo la gracia de Dios nos capacita para adorar rectamente a Dios. Él es el mismo Dios justo y recto en el evangelio que en la ley. La herencia de los creyentes les está asegurada; y todas las cosas correspondientes a la salvación son dadas gratuitamente como respuesta a la oración. Busquemos la gracia para que podamos servir a Dios con reverencia y santo temor.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—6. *Exhortaciones a diversos deberes y a estar contentos con lo que asigna la providencia.* 7—15. *A respetar las instrucciones de los pastores fieles, con advertencia contra de ser descarriados por doctrinas extrañas.* 16—21. *Más exhortaciones a los deberes que se relacionan con Dios, nuestro prójimo y los que están en autoridad sobre nosotros en el Señor.* 22—25. *Esta epístola es para ser considerada con toda seriedad.*

Vv. 1—6. El designio de Cristo al darse por nosotros, es adquirir un pueblo peculiar, celoso de buenas obras; la religión verdadera es el lazo de amistad más firme. Estas son algunas serias exhortaciones a diversos deberes cristianos, especialmente el contentamiento. El pecado opuesto a esta gracia y deber es la codicia, un deseo excesivamente apasionado de la riqueza de este mundo, unido a la envidia hacia los que tienen más que nosotros. Teniendo tesoros en el cielo podemos estar contentos con las pocas cosas de aquí. Los que no pueden estar así, no estarán contentos aunque Dios mejore su situación. Adán estaba en el paraíso, pero no estaba contento; algunos ángeles no estaban contentos en el cielo, pero el apóstol Pablo, aunque humillado y vacío, había aprendido a estar contento en todo estado, en cualquier estado. Los cristianos tienen razón para estar contentos con su suerte actual. Esta promesa contiene la suma y la sustancia de todas las promesas: “No te desampararé ni te dejaré”. En el lenguaje original hay no menos de cinco negativas juntas para confirmar la promesa: el creyente verdadero tendrá la presencia bondadosa de Dios consigo en la vida, en la muerte, y por siempre. Los hombres no pueden hacer nada contra Dios, y Dios puede hacer que resulte para bien todo lo que los hombres hacen contra su pueblo.

Vv. 7—15. Las instrucciones y el ejemplo de los ministros que terminaron sus testimonios en forma honorable y consoladora, deben ser recordadas en particular por los que les sobreviven. Aunque algunos de sus ministros estaban muertos, otros moribundos, aun así la gran Cabeza, y Sumo Sacerdote de la Iglesia, el Obispo de sus almas, vive siempre y siempre es el mismo. Cristo es el mismo de la época del Antiguo Testamento y del evangelio, y siempre será así para su pueblo: igualmente misericordioso, poderoso y absolutamente suficiente. Él aún llena al hambriento, alienta al tembloroso y da la bienvenida a los pecadores arrepentidos; aún rechaza al soberbio y al de la justicia propia, aborrece la pura confesión y enseña a todos los que salva, a amar la justicia y a odiar la iniquidad. —Los creyentes deben procurar que sus corazones estén establecidos por el Espíritu Santo en una dependencia simple de la libre gracia, que consolará sus corazones y los hará resistentes al engaño. —Cristo es nuestro Altar y nuestro Sacrificio; Él santifica el don. La cena del Señor es la fiesta de la pascua del evangelio. —Habiendo mostrado que mantener la ley levítica conforme a sus propias reglas, impediría que los hombres fueran al altar de Cristo, el apóstol agrega: Salgamos, pues, a Él, fuera del campamento, fuera de la ley ceremonial, del pecado, del mundo y de nosotros mismos. Viviendo por fe en Cristo, apartados para Dios por medio de su sangre, separémonos voluntariamente de este mundo malo. El pecado, los pecadores, la muerte no dejarán que continuemos aquí por mucho tiempo más; por tanto, salgamos ahora por fe y busquemos en Cristo el reposo y la paz que este mundo no nos puede proporcionar. Llevemos nuestros sacrificios a este altar y a este nuestro Sumo Sacerdote, y ofrezcámoslo por su intermedio.

Siempre debemos ofrecer el sacrificio de alabanza a Dios. En estos se cuentan la alabanza, la oración y la acción de gracias.

Vv. 16—21. Conforme a lo que podamos, tenemos que dar para las necesidades de las almas y de los cuerpos de los hombres: Dios aceptará estas ofrendas con agrado, y aceptará y bendecirá a los que ofrendan por medio de Cristo. —El apóstol expresa en seguida cual es el deber de ellos para con los ministros vivos: obedecerles y someterse a ellos en la medida que sea conforme a la idea y voluntad de Dios dadas a conocer en su palabra. Los cristianos no deben pensar que saben demasiado, que son demasiado buenos o demasiado grandes para aprender. El pueblo debe escudriñar las Escrituras, y en la medida que los ministros enseñen conforme a esa regla, deben recibir sus instrucciones como palabra de Dios que obra en los que creen. Interesa a los oyentes que la cuenta que sus ministros den de sí mismos sea con gozo y no con tristeza. Los ministros fieles entregarán sus propias almas, porque la ruina de un pueblo infiel y estéril recaerá sobre sus propias cabezas. —Mientras el pueblo ore con más fervor por sus ministros, más beneficio pueden esperar de su ministerio. La buena conciencia respeta todos los mandamientos de Dios y todo nuestro deber. Los que tienen esta buena conciencia necesitan, sin embargo, las oraciones de los demás. Cuando los ministros van a un pueblo que ora por ellos, van con mayor satisfacción para sí y éxito para el pueblo. Debemos procurar con oración todas nuestras misericordias. —Dios es el Dios de paz, completamente reconciliado a los creyentes; Él ha abierto camino a la paz y la reconciliación de sí con los pecadores, y que ama la paz en la tierra, especialmente en sus iglesias. Él es el Autor de la paz espiritual en los corazones y las conciencias de su pueblo. —¡Qué pacto más firme es aquel que tiene su fundamento en la sangre del Hijo de Dios! El perfeccionamiento de los santos en toda buena obra es la gran cosa deseada por y para ellos; y que ellos puedan ser, en el largo plazo, equipados para el empleo y la dicha del cielo. No hay cosa buena obrada en nosotros que no sea la obra de Dios. Nada bueno obra Dios en nosotros sino por medio de Cristo por amor a Él y a su Espíritu.

Vv. 22—25. Tan malos son los hombres, aun los creyentes, por los restos de su corrupción, que necesitan que se les estimule y se les exhorte a oír cuando se les entrega la doctrina más importante y consoladora, para su propio bien, y con las pruebas más convincentes, para que la reciban y no se descaminen con ella, la descuiden o la rechacen. —Bueno es que la ley del amor santo y la bondad sea escrita en los corazones de los cristianos, los unos a los otros. La religión enseña el civismo verdadero y la buena crianza a los hombres. No es de temperamento malo ni descortés. Que el favor de Dios esté con vosotros y que su gracia obre continuamente en vosotros y con vosotros, dando los frutos de la santidad como las primicias de la gloria.

SANTIAGO

La epístola de Santiago es uno de los escritos más instructivos del Nuevo Testamento. Dirigida principalmente contra errores particulares de la época producidos entre los cristianos judíos, no contiene las mismas declaraciones doctrinales completas de las otras epístolas, pero presenta un admirable resumen de los deberes prácticos de todos los creyentes. Aquí están manifestadas las verdades principales del cristianismo, y al considerárselas con atención, se verá que coinciden por entero con las declaraciones de San Pablo acerca de la gracia y la justificación, abundando al mismo tiempo en serias exhortaciones a la paciencia de la esperanza y la obediencia de la fe y el amor, mezcladas con advertencias, reprensiones y exhortaciones conforme a los caracteres tratados. Las

verdades aquí expuestas son muy serias y es necesario que se sostengan y se observen en todo tiempo las reglas para su práctica. En Cristo no hay ramas muertas o sin savia, la fe no es una gracia ociosa; dondequiera que esté, lleva fruto en obras.

CAPÍTULO I

Versículos 1—11. *Cómo recurrir a Dios en los problemas y cómo comportarse en las circunstancias prósperas y adversas.* 12—18. *Considerar que todo mal procede de nosotros, y todo bien viene de Dios.* 19—21. *El deber de vigilar contra el temperamento ligero y el de recibir con mansedumbre la palabra de Dios.* 22—25. *El deber de vivir conforme a eso.* 26, 27. *La diferencia entre las pretensiones vanas y la verdadera religión.*

Vv. 1-11. El cristianismo enseña a los hombres a estar gozosos en las tribulaciones; tales ejercicios vienen del amor de Dios; y las pruebas del camino del deber darán lustre a nuestras virtudes ahora y a nuestra corona al final. En los tiempos de prueba preocupémonos que la paciencia actúe en nosotros, y no la pasión; lo que se diga o haga, sea la paciencia la que lo diga y haga. Todo lo necesario para nuestra carrera y guerra cristiana será otorgada cuando la obra de la paciencia esté completa. No debemos orar pidiendo que la aflicción sea eliminada, tanto como pidiendo sabiduría para usarla correctamente. ¿Y quién no quiere sabiduría para que lo guíe en las pruebas, regulando su propio espíritu y administrando sus asuntos? He aquí algo como respuesta a cada giro desalentador de la mente, cuando vamos a Dios experimentando nuestra propia debilidad y necesidad. Después de todo, si alguien dice, esto puede pasarle a algunos, pero me temo que yo no triunfaré, la promesa es: *a todo aquel* que pida, le será dado. —Una mente que se ocupe en considerar, de manera única y dominante, su interés espiritual eterno, y que se mantiene firme en sus propósitos para Dios, crecerá sabia por las aflicciones, continuará ferviente en sus devociones y se levantará por sobre las pruebas y las oposiciones. Cuando nuestra fe y espíritu se levantan y caen con las causas secundarias, nuestras palabras y acciones serán inestables. Esto no siempre expone a los hombres al desprecio del mundo, pero esos caminos no pueden agradar a Dios. Ninguna situación de la vida es tal que impida regocijarse en Dios. Los de baja condición pueden regocijarse si son exaltados a ser ricos en fe y herederos del reino de Dios; y los ricos pueden regocijarse con las providencias humillantes que los llevan a una disposición mental humilde y modesta. —La riqueza mundana es cosa que se agota. Entonces, que el que es rico se regocije en la gracia de Dios que lo hace y mantiene humilde; y en las pruebas y ejercicios que le enseñan a buscar la dicha en Dios y de Él, no en los placeres perecederos.

Vv. 12-18. No todo hombre que sufre es el bendecido; pero sí el que con paciencia y constancia va por el camino del deber, a través de todas las dificultades. Las aflicciones no nos pueden hacer miserables si no son por nuestra propia falta. El cristiano probado será un cristiano coronado. La corona de la vida se promete a todos los que tienen el amor de Dios reinando en sus corazones. Toda alma que ama verdaderamente a Dios tendrá sus pruebas de este mundo plenamente recompensadas en ese mundo de lo alto, donde el amor es perfeccionado. —Los mandamientos de Dios, y los tratos de su providencia, prueban los corazones de los hombres, y muestran la disposición que prevalece en ellos. Pero nada pecaminoso del corazón y la conducta puede ser atribuido a Dios. Él no es el autor de la escoria, aunque su prueba de fuego la deja al descubierto. Los que culpan del pecado a su constitución o a su situación en el mundo, o pretenden que no lo pueden evitar, dejan mal a Dios como si Él fuese el autor del pecado. Las aflicciones, como enviados de Dios, están concebidas para sacar a relucir nuestras virtudes, pero no nuestras corrupciones. El origen del mal y de las tentaciones está en nuestros propios corazones. —Detén los comienzos del pecado o todos los males que sigan serán totalmente cargados a tu cuenta. Dios no se

complace en la muerte de los hombres, como que no tiene mano en el pecado de ellos, pero el pecado y la miseria, se deben a ellos mismos. Así como el sol es el mismo en la naturaleza e influye, aunque a menudo se interpongan la tierra y las nubes, haciendo lo que a nosotros nos parece variable, así Dios es inmutable y nuestros cambios y sombras no son cambios ni alteraciones en Él. Lo que el sol es en la naturaleza es Dios en gracia, providencia y gloria, e infinitamente más. Como toda buena dádiva es de Dios, así, en particular, es que hayamos nacido de nuevo, y todas sus consecuencias santas y felices vienen de Él. Un cristiano verdadero llega a ser una persona tan diferente de la que era antes de las influencias renovadoras de la gracia divina, que es como si fuera formado de nuevo. Debemos dedicar todas nuestras facultades al servicio de Dios, para que podamos ser una especie de primicias de sus criaturas.

Vv. 19-21. En lugar de culpar a Dios cuando estamos sometidos a pruebas, abramos nuestros oídos y corazones para aprender lo que nos enseña por ellas. Si los hombres desean gobernar sus lenguas, deben gobernar sus pasiones. Lo peor que podemos aportar a cualquier disputa es la ira. — He aquí una exhortación a separar y echar como ropa sucia todas las prácticas pecaminosas. Esto debe alcanzar a los pecados del pensamiento y del afecto, y a los pecados del hablar y del hacer; a toda cosa corrupta y pecaminosa. Debemos rendirnos a la palabra de Dios con mentes humildes y dóciles a la enseñanza. Debemos estar dispuestos a oír de nuestros defectos, y a tomarlos no sólo con paciencia, sino con gratitud. El objetivo de la palabra de Dios es hacernos sabios para salvación y los que se proponen cualquier finalidad mala o baja al prestarle atención, deshonran el evangelio y desilusionan sus propias almas.

Vv. 22-25. Si oyéramos un sermón cada día de la semana y un ángel del cielo fuera el predicador, no nos llevaría nunca al cielo si nos apoyáramos solamente en el oír. Los que son solo oidores se engañan a sí mismos; y el engaño de sí mismo será hallado, al final, como el peor engaño. Si nos halagamos a nosotros mismos es nuestra propia falta. La verdad no halaga a nadie, tal como está en Jesús. La palabra de verdad debe ser cuidadosamente escuchada con atención, y expondrá ante nosotros la corrupción de nuestra naturaleza, los desórdenes de nuestros corazones y de nuestra vida; nos dirá claramente lo que somos. Nuestros pecados son las manchas que la ley deja al descubierto; la sangre de Cristo es el lavamiento que enseña el evangelio, pero oímos en vano la palabra de Dios y en vano miramos el espejo del evangelio si nos vamos y olvidamos nuestras manchas en lugar de sacarlas lavándolas, y olvidamos nuestro remedio en lugar de recurrir a este. Eso pasa con los que no oyen la palabra como debieran. Al oír la palabra miramos dentro de ella en busca de consejo y guía, y cuando la estudiamos, se vuelve nuestra vida espiritual. Los que se mantienen en la ley y la palabra de Dios son y serán bendecidos en todos sus caminos. Su recompensa de gracia en el más allá estará relacionada con su paz y consuelo presente. —Cada parte de la revelación divina tiene su uso, llevando al pecador a Cristo para salvación, y guiándole y exhortándole a andar en libertad por el Espíritu de adopción, conforme a los santos mandamientos de Dios. Nótese la distinción: el hombre no es bendecido *por* sus obras, sino *en* su obra. No es hablar sino andar lo que nos llevará al cielo. Cristo se volverá más precioso para el alma del creyente, que por Su gracia, se volverá más idónea para la herencia de los santos en luz.

Vv. 26, 27. Cuando los hombres se esfuerzan por parecer más religiosos de lo que realmente son, es una señal de que su religión es vana. No frenar la lengua, la prontitud para hablar de las faltas del prójimo, o para disminuir su sabiduría y piedad, son señales de religión vana. El hombre que tiene una lengua calumniadora, no puede tener un corazón verdaderamente humilde y bondadoso. —Las religiones falsas pueden conocerse por sus impurezas y falta de caridad. La religión verdadera nos enseña a hacer cada cosa como estando en la presencia de Dios. Una vida inmaculada debe ir unida al amor y la caridad no fingidas. Nuestra religión verdadera es igual a la medida en que estas cosas tengan lugar en nuestro corazón y conducta. Recordemos que nada sirve en Cristo Jesús salvo la fe que obra por amor, que purifica el corazón, que somete las lujurias carnales y que obedece los mandamientos de Dios.

CAPÍTULO II

Versículos 1—13. *Todas las profesiones de fe son vanas si no producen amor y justicia para los demás.* 14—26. *Las buenas obras son necesarias para demostrar la sinceridad de la fe que, de otro modo, no será más ventajosa que la fe de los demonios.*

Vv. 1-13. Los que profesan fe en Cristo como el Señor de la gloria no deben hacer acepción de personas por las solas circunstancias y apariencias externas, de una manera que no concuerdan con su profesión de ser discípulos del humilde Jesús. Aquí Santiago no anima a la rudeza ni al desorden; debe darse el respeto civil, pero nunca de tal modo que influya en los procedimientos de los cristianos para disponer de los oficios de la Iglesia de Cristo o para pasar las censuras de la iglesia o en alguna cuestión de la religión. El cuestionarnos es algo que sirve mucho en cada parte de la vida santa. Hagámoslo con más frecuencia y aprovechemos toda ocasión para discurrir con nuestras almas. —Como los lugares de adoración no pueden edificarse ni mantenerse sin gastos, puede resultar apropiado que los que contribuyen, sean acomodados de manera concordante, pero si todos fueran personas de mayor orientación espiritual, los pobres serían tratados con más atención de lo que suele ocurrir en las congregaciones. —El estado humilde es más favorable para la paz interior y el crecimiento en la santidad. Dios daría riquezas y honra de este mundo a todos los creyentes si les hicieran bien, considerando que Él los ha escogido para que sean ricos en fe y los ha hecho herederos de su reino, que prometió conceder a todos los que le aman. Considérese cuán a menudo las riquezas conducen al vicio y a la maldad, y qué grandes reproches se hacen a Dios y a la religión por parte de hombres ricos, poderosos y grandes en el mundo; eso hará que este pecado parezca muy grave y necio. —La Escritura da como ley amar al prójimo como a uno mismo. Esta ley es una ley real que viene del Rey de reyes; y si los cristianos actúan injustamente son convictos de transgresión por la ley. —Pensar que nuestras buenas obras expiarán nuestras malas obras, es algo que claramente nos lleva a buscar otra expiación. Conforme al pacto de obras, transgredir cualquier mandamiento pone al hombre bajo condenación, de la cual ninguna obediencia lo puede librar, sea pasada, presente o futura. —Esto nos muestra la dicha de los que están en Cristo. Podemos servirle sin miedo esclavizante. Pero Dios considera que es su gloria y dicha perdonar y bendecir a los que pudieran ser condenados con justicia en su tribunal; y su gracia enseña que los que participan de su misericordia, deben imitarla en su conducta.

Vv. 14-26. Se equivocan los que toman la sola creencia de nociones del evangelio por el todo de la religión evangélica, como hacen muchos ahora. Sin duda que la sola fe verdadera, por la cual los hombres participan en la justicia, expiación y gracia de Cristo, salva sus almas; pero produce frutos santos y se demuestra verdadera por sus efectos en las obras de ellos, mientras el solo asentimiento a cualquier forma de doctrina o creencia histórica de hechos, difiere totalmente de la fe salvadora. La sola profesión de fe puede obtener la buena opinión de la gente piadosa, y en algunos casos, puede procurar cosas mundanas buenas, pero ¿de qué aprovecha a alguien si ganare todo el mundo y perdiere su alma? ¿Puede esa fe salvarle? Todas las cosas deben ser contadas como provechosas o perjudiciales para nosotros, según tiendan a promover o a estorbar la salvación de nuestras almas. Este lugar de la Escritura muestra evidentemente que una opinión o asentimiento al evangelio, sin obras, no es fe. No hay manera de mostrar que creemos realmente en Cristo, sino siendo diligentes en buenas obras por motivo del evangelio y para propósitos del evangelio. Los hombres pueden jactarse los unos a los otros y enorgullecerse falsamente de lo que no tienen en realidad. —No se trata sólo de *conformarse* a la fe sino de *acceder* a ella; no sólo de asentir la verdad de la palabra, sino del acceder a recibir a Cristo. Creer verdaderamente no es sólo un acto del entendimiento, sino una obra de todo el corazón. —Por dos ejemplos se demuestra que la fe que justifica no puede ser sin obras: Abraham y Rahab. Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia. La fe que produce tales obras le llevó a favores peculiares. Entonces vemos, versículo 24, cómo es justificado el hombre por las obras, no por la sola opinión o declaración, o por creer sin obedecer, sino teniendo la fe que produce buenas obras. Tener que negar su propia razón, afectos e

intereses es una acción apta para probar a un creyente. —Nótese aquí, el maravilloso poder de la fe para cambiar a los pecadores. La conducta de Rahab probó que la fe de ella era viva y tenía poder; demostró que ella creía con su corazón y no solo por asentimiento intelectual. —Entonces, pongamos atención que las buenas obras sin fe son obras muertas, carentes de raíz y principio. Todo lo que hacemos por fe es realmente bueno, porque se hace en obediencia a Dios y para su aceptación: cuando no hay fruto es como si la raíz estuviera muerta. La fe es la raíz, las buenas obras son los frutos y debemos ocuparnos de tener ambas. Esta es la gracia de Dios por la cual resistimos y a la cual debemos defender. No hay estado intermedio. Cada uno debe vivir como amigo de Dios o como enemigo de Dios. Vivir para Dios, que es consecuencia de la fe, que justifica y salvará, nos obliga a no hacer nada en su contra sino a hacer todo por Él y para Él.

CAPÍTULO III

Versículos 1—12. *Advertencias contra la conducta orgullosa y la maldad de la lengua desenfrenada.* 13—18. *La excelencia de la sabiduría celestial opuesta a la mundana.*

Vv. 1-12. Se nos enseña a temer una lengua desenfrenada, como uno de los males más grandes. Los asuntos de la humanidad son arrojados a la confusión por la lengua de los hombres. Cada edad del mundo, y cada condición de vida, privada o pública, da ejemplos de esto. El infierno tiene que ver con el fomento del fuego de la lengua más de lo que piensan generalmente los hombres; cada vez que la lengua de los hombres son empleadas de manera pecaminosa, están encendidas con fuego del infierno. Nadie puede domar la lengua sin la asistencia y la gracia de Dios. El apóstol no presenta esto como un imposible, sino como extremadamente difícil. Otros pecados decaen con el tiempo, este empeora muchas veces; nos vamos poniendo más perversos y afanosos a medida que se deteriora la fuerza natural y llegan los días en que no tenemos placer. Cuando se doman y someten otros pecados por las enfermedades de la edad, el espíritu se vuelve, a menudo, más cortante, la naturaleza es arrastrada a las heces y las palabras usadas se vuelven más apasionadas. —La lengua del hombre se refuta a sí misma, porque en un momento pretende adorar las perfecciones de Dios y referir a Él todas las cosas, y en otro momento, condena aun a los hombres buenos si no usan las mismas palabras y expresiones. La religión verdadera no admite contradicciones: ¡cuántos pecados se evitarían si los hombres fueran siempre coherentes! El lenguaje piadoso y edificante es el producto genuino de un corazón santificado; y nadie que entienda el cristianismo espera oír maldiciones, mentiras, jactancias e improperios de la boca del creyente más de lo que espera que un árbol produzca el fruto de otro. Pero los hechos prueban que son más los profesantes que logran frenar sus sentidos y apetitos que refrenar debidamente sus lenguas. Entonces, dependiendo de la gracia divina, cuidémonos de bendecir y no maldecir; y apuntemos a ser coherentes en nuestras palabras y acciones.

Vv. 13-18. Estos versículos muestran la diferencia entre los hombres que pretenden ser sabios y los que realmente lo son. El que piensa o habla bien no es sabio en el sentido de las Escrituras, si no vive y actúa bien. La sabiduría verdadera puede conocerse por la mansedumbre del espíritu y del temperamento. Los que viven en maldad, envidia y contención, viven en confusión; y están obligados a ser provocados y precipitados a toda mala obra. Tal sabiduría no viene de lo alto, sino que brota de principios, actos o motivos terrenales y está dedicada a servir propósitos terrenales. Los que se jactan de una sabiduría así, deben caer en la condenación del diablo. La sabiduría celestial, descrita por el apóstol Santiago, es cercana al amor cristiano, descrito por el apóstol Pablo; y ambos son descritos así para que todo hombre pueda probar plenamente la realidad de sus logros en ellas. No tiene disfraz ni engaño. No puede caer en los manejos que el mundo considera sabios, que son astutos y mal intencionados, pero es sincera, abierta, constante, uniforme, y coherente consigo misma. Que la pureza, la paz, la bondad, la docilidad y la misericordia se vean en todas

nuestras acciones, y que los frutos de la justicia abunden en nuestra vida, probando que Dios nos ha otorgado este excelente don.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—10. *Advertencias contra los afectos corruptos, y el amor de este mundo, que es enemistad con Dios.* 11—17. *Exhortaciones a no emprender ningún asunto en la vida sin la consideración constante de la voluntad y la providencia de Dios.*

Vv. 1—10. Puesto que todas las guerras y peleas vienen de las corrupciones de nuestros propios corazones, bueno es mortificar las concupiscencias que luchan en los miembros. Las concupiscencias mundanas y carnales son males que no permiten el contento ni la satisfacción. Los deseos y los afectos pecaminosos impiden la oración y la obra de nuestros deseos para con Dios. Pongámonos en guardia para no abusar o usar mal por la disposición del corazón, las misericordias recibidas cuando se conceden las oraciones. —Cuando los hombres piden prosperidad a Dios, suelen pedir con malas miras e intenciones. Si así buscamos las cosas de este mundo, es justo que Dios las niegue. Los deseos incrédulos y fríos oran negaciones; podemos tener toda la seguridad de que nuestras oraciones volverán vacías cuando responde al lenguaje de las concupiscencias más que al lenguaje de las virtudes. —He aquí una clara advertencia a evitar todas las amistades criminales con este mundo. La orientación del mundo es enemistad contra Dios. Un enemigo puede ser reconciliado, pero nunca la ‘enemistad’. El hombre puede tener una porción grande de cosas de esta vida y ser, no obstante, mantenido en el amor de Dios, pero el que pone su corazón en el mundo, al que se conformará en vez de soltar su amistad, es un enemigo para Dios. Así, pues, cualquiera que resuelva en todos los hechos estar en buenos términos con el mundo, debe ser enemigo de Dios. Entonces, los judíos o los profesantes relajados del cristianismo, ¿piensan que la Escritura habla en vano contra esta orientación al mundo? O ¿el Espíritu Santo que habita en todos los cristianos o en la nueva naturaleza que Él crea, producen esa clase de fruto? —La corrupción natural se muestra envidiando. El espíritu del mundo nos enseña a acumular, a apilar para nosotros conforme a nuestras propias fantasías; Dios Espíritu Santo nos enseña a estar dispuestos a hacer el bien a todos los que nos rodean, según podamos. La gracia de Dios corregirá y curará nuestro espíritu natural; y donde Él da gracia, da otro espíritu que no es el del mundo. —El orgulloso resiste a Dios; en su entendimiento resisten las verdades de Dios; en su voluntad resisten las leyes de Dios; en sus pasiones resisten la providencia de Dios; por tanto, no es raro que Dios resista al soberbio. ¡Qué desgraciado el estado de los que hacen de Dios su enemigo! Dios dará más gracia al humilde porque ellos ven su necesidad de ella, oran por ella, son agradecidos de ella, y ellos la tendrán. —Someteos a Dios, versículo 7. Somete tu entendimiento a la verdad de Dios; somete tu voluntad a la voluntad de su precepto, la voluntad de su providencia. Someteos vosotros mismos a Dios, porque Él está dispuesto a hacerles el bien. Si nos rendimos a las tentaciones, el diablo nos seguirá continuamente, pero si nos ponemos toda la armadura de Dios, y le resistimos, nos dejará. Entonces, sométanse a Dios los pecadores y busquen su gracia y favor resistiendo al diablo. Todo pecado debe lamentarse; *aquí* con tristeza santa; en el *más allá*, con miseria eterna. El Señor no le negará el consuelo al que lamenta verdaderamente el pecado, y exaltará al que se humille ante Él.

Vv. 11-17. Nuestros labios deben estar gobernados por la ley de la bondad, la verdad y la justicia. Los cristianos son hermanos. Quebrantar los mandamientos de Dios es hablar mal de ellos y juzgarlos, como si nos pusieran una restricción demasiado grande. Tenemos la ley de Dios, que es regla para todo; no presumamos de poner nuestras propias nociones y opiniones como regla a los que nos rodean, y tengamos cuidado de no ser condenados por el Señor. —“Anda ahora” es un llamado a todo aquel que considera que su conducta es mala. ¡Qué dados son los hombres mundanos y astutos para dejar fuera de sus planes a Dios! ¡Qué vano es buscar algo bueno sin la

bendición ni la dirección de Dios! La fragilidad, la brevedad y la incertidumbre de la vida deben frenar la confianza vana y presuntuosa de todos los proyectos para el futuro. Podemos establecer la hora y el minuto de la salida y la puesta del sol para mañana, pero no podemos fijar la hora cierta en que se disipará la niebla. Tan corta, tan irreal y dada a marchitarse es la vida humana, y toda la prosperidad y el placer que la acompañan; pero la bendición o el ay para siempre serán conforme a nuestra conducta en este momento pasajero. —Siempre tenemos que depender de la voluntad de Dios. Nuestros tiempos no están en nuestras manos sino a disposición de Dios. Nuestra cabeza puede estar llena de preocupaciones y pensamientos por nosotros mismos, o por nuestras familias o amistades, pero la providencia a menudo confunde nuestros planes. Todo lo que pensemos y todo lo que hagamos debe depender con sumisión de Dios. Necio y dañino es jactarse de cosas mundanas y proyectos futuros; producirá gran desengaño y resultará destructivo al final. —Los pecados de omisión y los de comisión serán llevados a juicio. Será condenado tanto aquel que no hace el bien que sabe debe hacer y el que hace el mal que sabe que no debe hacer. ¡Oh, qué fuésemos tan cuidadosos para no omitir la oración y no descuidar la meditación y el examen de nuestras conciencias puesto que no hemos de cometer crasos vicios externos contra la luz!

CAPÍTULO V

Versículos 1—6. *Anuncio de los juicios de Dios contra los ricos incrédulos.* 7—11. *Exhortación a la paciencia y la mansedumbre en las tribulaciones.* 12—18. *Advertencia contra los votos apresurados.—La oración recomendada en las circunstancias aflictivas y prósperas.—Los cristianos tienen que confesarse sus faltas unos a otros.* 19, 20. *La felicidad de ser el medio para la conversión de un pecador.*

Vv. 1-6. Los trastornos públicos son los más penosos para los que viven en el placer y son seguros y sensuales aunque todos los rangos sufran profundamente en tales momentos. Todos los tesoros idolatrados perecerán pronto salvo que sean levantados en juicio contra sus poseedores. Cuidaos de defraudar y oprimir; y evitad hasta las apariencias de mal. Dios no nos prohíbe usar el placer lícito, pero vivir en el placer, especialmente en el placer pecaminoso, es un pecado que provoca. ¿No daña a la gente el no equiparse para preocuparse por los intereses de sus almas, pero darse el gusto en los apetitos carnales? —El justo puede ser condenado y muerto, pero cuando el tal sufre por parte de opresores, Dios lo nota. Por sobre todos sus otros delitos, los judíos habían condenado y crucificado al Justo que vino a ellos, a Jesucristo el Justo.

Vv. 7-11. Piénsese en el que espera una cosecha de maíz, ¿y no esperarás una corona de gloria? Si fueras llamado a esperar un poco más que el campesino, ¿no es que hay algo más valioso que esperar? En todo sentido se viene aproximando la venida del Señor y todas las pérdidas, privaciones y sufrimientos de su pueblo serán recompensados. Los hombres cuentan como largo el tiempo porque lo miden según sus propias vidas, pero todo el tiempo es como nada para Dios; es como un instante. Unos cuantos años parecen siglos a las criaturas de corta vida; pero la Escritura que mide todas las cosas por la existencia de Dios, reconoce que miles de años son como algunos días. — Dios hizo cosas en el caso de Job para mostrar claramente que Él es muy compasivo y de tierna misericordia. Esto no se ve durante sus problemas, pero se vio en el resultado, y ahora los creyentes encuentran un final feliz en sus pruebas. Sirvamos a nuestro Dios y soportemos nuestras pruebas como quienes creen que el final coronará todo. Nuestra dicha eterna está segura si confiamos en Él: todo lo demás es pura vanidad que pronto será terminada para siempre.

Vv. 12-18. Se condena el pecado de jurar; pero ¡cuántos toman a la ligera el jurar profano corriente! Tales juramentos arrojan desprecio expreso contra el nombre y la autoridad de Dios. Este pecado no produce ganancia, placer ni fama, pero muestra una enemistad contra Dios que no es necesaria ni tiene provecho. Muestra que el hombre es enemigo de Dios, por más que pretenda

llamarse con su nombre, o participar a veces en los actos de adoración. Pero el Señor no considerará inocentes a quienes toman su nombre en vano. —En el día de la aflicción nada es más oportuno que la oración. Entonces el espíritu está más humillado y el corazón, quebrantado y blando. Es necesario ejercer fe y esperanza en las aflicciones; y la oración es el medio establecido para obtener e incrementar esas gracias. —Fíjese que la salvación del enfermo no se atribuye a la unción con aceite, sino a la oración. En un momento de enfermedad no es la oración fría y formal la que es efectiva, sino la oración de fe. La gran cosa que debemos rogar de Dios para nosotros y los demás en el tiempo de enfermedad es el perdón de pecado. Que nada se haga para estimular a nadie a tardar, con la equivocada noción de que una confesión, una oración, la absolución y la exhortación de parte de un ministro, o el sacramento, arreglarán todo en el último momento, cuando se han descuidado los deberes de la vida piadosa. La confesión mutua de nuestras faltas ayudará mucho a la paz y al amor fraternal. Mucho sirve cuando una persona justa, un creyente verdadero, justificado en Cristo, y por su gracia, que anda delante de Dios en santa obediencia, presenta una oración ferviente eficaz, puesta en su corazón por el poder del Espíritu Santo, la que produce afectos santos y expectativas de fe, y así guía con fervor a pedir las promesas de Dios en su trono de misericordia. —El caso de Elías demuestra el poder de la oración. No debemos mirar al mérito del hombre cuando oramos, sino a la gracia de Dios. No basta decir una oración sino debemos pedir en la oración. Los pensamientos deben quedar fijos, los deseos deben ser firmes y ardientes, y las gracias deben ejercerse. Este caso del poder de la oración da ánimos a todo cristiano para orar eficazmente. Dios nunca dice a nadie de la simiente de Jacob: “Buscad en vano mi rostro”. Donde pueda parecer que no es un gran milagro de Dios al contestar nuestras oraciones, aún hay mucha gracia.

Vv. 19, 20. No es característica del hombre piadoso o sabio jactarse de estar libre de error o negarse a reconocer un error. Hay un error doctrinal en el fondo de todo error práctico. Habitualmente nadie es malo si no se basa en un principio malo. —La conversión es hacer volver al pecador del error de su camino y no solo de una parte a otra o de una noción a otra, ni de un modo de pensar a otro. No hay forma de ocultar eficaz y definitivamente el pecado, sino abandonarlo. Muchos pecados son impedidos por un convertido; también puede hacer así en otros sobre quienes puede tener influencia. La salvación de un alma es de importancia infinitamente mayor que preservar la vida de multitudes o fomentar el bienestar de todo un pueblo. Tengamos presente estas cosas en nuestras diversas etapas, sin eludir el dolor al servicio de Dios, y el tiempo probará que nuestro trabajo en el Señor no es en vano. Él ha estado multiplicando el perdón por seis mil años y todavía su libre gracia no está cansada ni se ha agotado. Ciertamente la misericordia divina es un océano que siempre está lleno y siempre fluye. Que el Señor nos dé una parte de esta abundante misericordia por medio de la sangre de Cristo y de la santificación del Espíritu.

PRIMERA DE PEDRO

Las mismas grandes doctrinas de las epístolas de San Pablo son aquí aplicadas a los mismos propósitos prácticos. Esta epístola es notable por la dulzura, la bondad y el amor humilde con que está escrita. Da un resumen, breve aunque muy claro, de las consolaciones y de las instrucciones necesarias para estimular y dirigir al cristiano en su viaje al cielo, elevando sus pensamientos y sus deseos a esa felicidad, y fortaleciéndolo en su camino contra toda oposición procedente de la corrupción interior y de las tentaciones y aflicciones exteriores.

CAPÍTULO I

Versículos 1—9. *El apóstol bendice a Dios por sus beneficios especiales por medio de Cristo.* 10—12. *La salvación por Cristo anunciada en la profecía antigua.* 13—16. *Exhortación a la sana comunión.* 17—25. *Como conviene a sus principios, privilegios y obligaciones.*

Vv. 1—9. Esta epístola está dirigida a los creyentes en general, que son extranjeros en toda ciudad o país donde vivan y están diseminados por todas las naciones. Ellos tienen que atribuir su salvación al amor electivo del Padre, la redención del Hijo y la santificación del Espíritu Santo; y, así, dar gloria al Dios único en tres Personas en cuyo nombre han sido bautizados. —La esperanza en el vocabulario mundano se refiere sólo a un bien incierto, porque todas las esperanzas mundanas son inestables, edificadas sobre arena, y las esperanzas del cielo que tiene el mundano son conjeturas ciegas y sin fundamento. Pero la esperanza de los hijos del Dios vivo es una esperanza viva; no sólo acerca de su objeto, sino también en su efecto. Vivifica y consuela en todas las angustias, capacita para enfrentar y superar todas las dificultades. La misericordia es la fuente de todo esto; sí, gran misericordia y misericordia múltiple. Esta bien cimentada esperanza de salvación es un principio activo y vivo de obediencia en el alma del creyente. —El tema del gozo cristiano es la memoria de la felicidad puesta por delante. Es *incorruptible* no puede acabarse; es una fortuna que no se puede gastar. También es *incontaminada* lo que significa su pureza y perfección. *Inmarcesible* porque no es más o menos placentera a veces, sino siempre la misma, no cambia. Todas las posesiones de aquí están manchadas con defectos y fallas; aún falta algo: casas lindas que tienen preocupaciones tristes revoloteando en torno a sus techos dorados y bien pintados; camas blandas y mesas llenas, a menudo con cuerpos enfermos y estómagos revueltos. Todas las posesiones están manchadas de pecado, sea al obtenerlas o al usarlas. ¡Cuán prontos estamos para hacer de las cosas que tenemos ocasión e instrumento de pecado, y pensar que no hay libertad ni deleite en su uso, sin abusar de ellas! Las posesiones mundanas son inciertas y pronto pasan como las flores y las plantas del campo. Eso debe ser del más alto valor, ya que se pone en el lugar mejor y más elevado: el cielo. Dichosos aquellos cuyos corazones pone el Espíritu Santo en esta herencia. Dios no sólo da gracia a su pueblo, pero lo preserva para gloria. —Cada creyente siempre tiene algo en que puede regocijarse grandemente; esto debe demostrarse en el semblante y la conducta. El Señor no aflige por gusto aunque su sabio amor suele asignar pruebas agudas para mostrar el corazón de su pueblo y para hacerles el bien al final. El oro no aumenta por ser probado en el fuego, se vuelve menos; pero la fe se afirma y multiplica por las tribulaciones y aflicciones. El oro debe perecer al final y sólo puede comprar cosas perecederas, mientras la prueba de fe será hallada para alabanza, honra y gloria. Esto debe reconciliarnos con las aflicciones presentes. Busquemos entonces creer en la excelencia de Cristo en sí y de su amor por nosotros; esto encenderá un fuego tal en el corazón que lo elevará en un sacrificio de amor hacia Él. La gloria de Dios y nuestra propia felicidad están tan unidas que si ahora buscamos sinceramente una, obtendremos la otra, cuando el alma ya no esté más sujeta al mal. La certeza de esta esperanza es como si los creyentes ya la hubieran recibido.

Vv. 10-12. Jesucristo fue el tema principal de los estudios de los profetas. La indagatoria de ellos en los sufrimientos de Cristo y las glorias que seguirían, condujeron a una visión de todo el evangelio, cuyo resumen es, que Cristo Jesús fue entregado por nuestras ofensas y levantado de nuevo para nuestra justificación. —Dios se agradó en contestar nuestras necesidades más que nuestros pedidos. La doctrina de los profetas y la de los apóstoles concuerda exactamente, porque viene del mismo Espíritu de Dios. El evangelio es la ministración del Espíritu; su éxito depende de su operación y bendición. Entonces, busquemos con diligencia las Escrituras que contienen la doctrina de la salvación.

Vv. 13-16. Como el viajero, el atleta, el guerrero y el trabajador, recogen sus vestiduras largas y sueltas, para estar preparados para sus actividades, así hagan los cristianos con sus mentes y afectos. Sed sobrios, velad contra todos los peligros y enemigos espirituales y sed templados en toda conducta. Sed sobrios en la opinión y en la conducta y humildes en vuestros juicios sobre vosotros

misimos. Una confianza firme y perfecta en la gracia de Dios armoniza con los mejores esfuerzos en nuestro deber. —La santidad es el deseo y el deber de todo cristiano. Debe estar en todos los asuntos, en cada condición, y para toda la gente. Debemos velar y orar especialmente en contra de los pecados a que nos inclinamos. La palabra escrita de Dios es la regla más segura de la vida del cristiano y por esta regla se nos manda ser santos en todo. Dios hace santos a quienes salva.

Vv. 17–25. La santa confianza en Dios como Padre y el temor que se le debe como Juez, armonizan; y considerar siempre a Dios como Juez le hace querido como Padre para nosotros. Si los creyentes hacen el mal, Dios los visitará con correctivos. Entonces, los cristianos no deben dudar de la fidelidad de Dios a sus promesas, ni den lugar al temor esclavizante por su ira, pero reverencien su santidad. El profeso que no teme está indefenso y Satanás lo cautiva a su voluntad; el profeso desalentado no tiene corazón que le valga para servirse de sus ventajas y es llevado fácilmente a rendirse. —El precio pagado por la redención del hombre fue la preciosa sangre de Cristo. —No sólo la conversación francamente mala, sino la que no aprovecha es altamente peligrosa, aunque se diga que es por costumbre. Necio es resolver: Yo viviré y moriré en tal forma, porque así hicieron mis antepasados. —Dios tenía propósitos de favor especial para su pueblo mucho antes que manifestara tal gracia a ellos. Pero la claridad de la luz, los soportes de la fe, el poder de las ordenanzas, son todos mucho más grandes que lo que antes fueron, desde que Cristo vino a la tierra. El consuelo de esto es que habiendo sido hechos uno con Cristo por fe, su gloria presente es una garantía de que donde Él esté, también estaremos nosotros, Juan xiv, 3. El alma debe ser purificada antes que pueda abandonar sus propios deseos e indulgencias. La palabra de Dios implantada en el corazón por el Espíritu Santo, es un medio de vida espiritual, que nos estimula al deber, obrando un cambio total en las disposiciones y afectos del alma, hasta que la lleva a la vida eterna. —En contraste con la excelencia del hombre espiritual renovado, como nacido de nuevo, nótese la vanidad del hombre natural. En su vida y en su caída, es como el pasto, la flor de la hierba, que pronto se marchita y muere. Debemos oír, y recibir y amar la santa palabra viva, y más bien arriesgar todo que perderla; hay que quitar todas las demás cosas del lugar debido a ella. Debemos alojarla en nuestro corazón como nuestro único tesoro y prenda segura del tesoro de gloria que hay para los creyentes en el cielo.

CAPÍTULO II

Versículos 1—10. *Recomendación de un temperamento que corresponda con el carácter cristiano del nacido de nuevo.* 11, 12. *Debe haber una conversación santa entre los gentiles.* 13—17. *Exhortación a los súbditos a rendir una justa obediencia a sus gobernantes civiles.* 18—25. *También los siervos a sus amos, y a todos que sean pacientes conforme al ejemplo del Salvador sufriente.*

Vv. 1-10. Hablar mal es señal de maldad y engaño en el corazón y estorba nuestro provecho por la palabra de Dios. La vida nueva necesita un alimento idóneo. Los infantes desean leche y hacen por ella lo mejor que pueden conforme a su capacidad; así deben ser los deseos del cristiano por la palabra de Dios. Nuestro Señor Jesucristo es muy misericordioso con nosotros, miserables pecadores y tiene plenitud de gracia. Pero hasta el mejor de los siervos de Dios en esta vida tiene sólo un anticipo de las consolaciones de Dios. —Cristo es llamado Piedra para enseñar a sus siervos que Él es la protección y la seguridad de ellos, el fundamento sobre el cual son edificados. Él es precioso en la excelencia de su naturaleza, la dignidad de su oficio, y la gloria de sus servicios. Todos los creyentes verdaderos son un sacerdocio santo; sagrado para Dios, servicial para los demás, dotados de dones y gracias celestiales. Pero los sacrificios más espirituales de lo mejor en oración y alabanza, no son aceptables sino por medio de Jesucristo. —Él es *la piedra del ángulo* que une a todo el número de creyentes en un templo eterno, y soporta el peso de toda la

construcción. *Elegido* o escogido para un fundamento que es eterno. *Precioso* más allá de toda comparación por todo lo que pueda tener valor. Ser edificado en Cristo significa *creer en Él*; pero en esto se engañan muchos a sí mismos, no consideran lo que es, ni la necesidad de participar de la salvación que Él ha obrado. Aunque la estructura del mundo se estuviera cayendo a pedazos, el hombre que está edificado sobre este fundamento puede oírlo sin temer. *Él no será confundido*. El alma creyente se apresura *a ir* a Cristo, pero nunca encuentra causa para apresurarse *a huir de Él*. — Todos los cristianos verdaderos son linaje escogido; constituyen una familia, un pueblo distinto del mundo: de otro espíritu, principio y costumbre; que nunca podrían ser si no fueran escogidos en Cristo para ser tales y ser santificados por su Espíritu. El primer estado de ellos es de grandes tinieblas, pero son sacados de las tinieblas a un estado de gozo, placer y prosperidad, para que muestren las alabanzas del Señor por la profesión de Su verdad y su buena conducta. — ¡Qué enormes son sus obligaciones con Él, que los ha hecho su pueblo, y les ha mostrado misericordia! — Estar sin esta misericordia es un estado espantoso, aunque el hombre tenga todos los placeres mundanales. Nada hay que obre el arrepentimiento tan bien como el pensamiento correcto acerca de la misericordia y el amor de Dios. No nos atrevamos a abusar ni a afrontar la libre gracia de Dios si queremos ser salvados por ella; pero todos los que quieran ser contados entre los que obtienen misericordia anden como su pueblo.

Vv. 11, 12. Hasta el mejor de los hombres, el linaje escogido, el pueblo de Dios tiene que ser exhortado a guardarse de los peores pecados. Las concupiscencias carnales son las más destructivas para el alma del hombre. Es un juicio doloroso ser entregado a ellas. — Hay un día de visitación que viene, en el cual Dios puede llamar al arrepentimiento por su palabra y su gracia; entonces, muchos glorificarán a Dios y las santas vidas de su pueblo habrán promovido el feliz cambio.

Vv. 13-17. La conducta del cristiano debe ser honesta; lo cual no puede ser, si no se cumplen justa y cuidadosamente todos los deberes relacionados; el apóstol los trata aquí con claridad. Considerar esos deberes es la voluntad de Dios; en consecuencia, es deber del cristiano y el modo de silenciar las calumnias viles de hombres ignorantes y necios. Los cristianos deben proponerse, en todas sus relaciones, conducirse rectamente para que no hagan de su libertad un manto o cubierta de alguna maldad, o descuido del deber, pero deben recordar que son siervos de Dios.

Vv. 18-25. Los criados de aquellos tiempos por lo general eran esclavos, y tenían amos paganos, que solían utilizarlos con crueldad; pero el apóstol les instruye que se sometan a sus amos puestos sobre ellos por la providencia, con el temor de deshonorar u ofender a Dios. No sólo a los agradados con el servicio razonable, sino con los severos y con los que se enojan sin causa. La mala conducta pecaminosa de una persona no justifica la conducta pecaminosa de la otra; el siervo tiene que cumplir su deber aunque el amo sea pecaminosamente perverso y malo. Pero los amos debieran ser mansos y buenos con sus siervos e inferiores. — ¿Qué gloria o distinción habría en que los cristianos profesos sean pacientes cuando se les corrigen sus faltas? Pero si cuando se comportan bien y son maltratados por los amos paganos, soberbios y apasionados, lo soportan sin quejas sin ira y sin propósitos de venganza, y perseveran en su deber, esto será aceptable para Dios como efecto distintivo de su gracia y será recompensado por Él. — La muerte de Cristo tenía el propósito no sólo de ser ejemplo de paciencia en los sufrimientos, sino de llevar nuestros pecados; soportó el castigo de ellos, y con ello satisfizo la justicia divina. Por ello, nos los quita. Los frutos de los sufrimientos de Cristo son la muerte del pecado, y una nueva vida santa de justicia; de ellas tenemos ejemplo, motivaciones poderosas, y capacidad para cumplirlos, por la muerte y resurrección de Cristo. Nuestra justificación: Cristo fue molido y crucificado como sacrificio por nuestros pecados, y por sus llagas fueron curadas las enfermedades de nuestra alma. — Aquí está el pecado del hombre: él se descarria y esto es su propio acto. Su desgracia: él se aleja del redil, del Pastor y del rebaño, y, así, se expone a peligros sin cuenta. Aquí está la recuperación por la conversión; ahora vuelven como efecto de la gracia divina. De todos sus errores y descarrios regresan a Cristo. Los pecadores siempre están descarriados antes de su conversión; la vida de ellos es un error continuo.

CAPÍTULO III

Versículos 1—7. *Los deberes de las esposas y los esposos.* 8—13. *Los cristianos son exhortados a armonizar.* 14—22. *Exhortados a la paciencia en las persecuciones por amor a la justicia, considerando que Cristo sufrió con paciencia.*

Vv. 1-7. La esposa debe cumplir su deber con su esposo, aunque él no obedezca la palabra. Diariamente vemos cuán de cerca observan los hombres malos los caminos y la vida de los que profesan la religión. No se prohíbe vestirse bien, sino la vanidad y lo costoso del atavío. La gente religiosa debe cuidar que toda su conducta responda a su profesión, pero ¡cuán pocos saben cuál es la medida correcta y los límites de las dos necesidades de la vida: comida y vestido! A menos que la pobreza sea nuestro cuchillo y no nos permita, escasamente habrá uno que no desee algo más allá de lo que es bueno para nosotros. Muchos más son contemplados en la bajeza de su situación que en la humildad de su mente; y muchos no están así de limitados, pero desperdician su tiempo y dinero en trivialidades. —El apóstol manda a las mujeres cristianas a ponerse algo que no es corruptible, que embellece el alma, las virtudes del Espíritu Santo de Dios. La principal preocupación de la cristiana verdadera está en ordenar rectamente su propio espíritu. Esto hará más por estabilizar los afectos y estimular la estima del marido que los adornos estudiados o la ropa de moda, acompañada por un temperamento agresivo y perverso. Las cristianas deben cumplir su deber unas con otras con una mente dispuesta y por obediencia al mandamiento de Dios. Las esposas deben someterse a sus maridos, no por miedo ni terror, sino por el deseo de portarse bien y complacer a Dios. El deber del marido hacia su mujer implica respetarla debidamente, mantener su autoridad, protegerla y depositar su confianza en ella. Ellas son coherederas de todas las bendiciones de esta vida y de la venidera, y deben vivir pacíficamente los unos con las otras. La oración endulza su conducta. No basta que oren con la familia; marido y mujer deben orar juntos a solas y con sus hijos. Los que están familiarizados con la oración, encuentran una dulzura indecible en ella, tal que no serán estorbados en ella. Vive santamente para que ores mucho; y ora mucho para que vivas santamente.

Vv. 8-13. Aunque los cristianos no siempre estén exactamente en unanimidad pueden, sin embargo, compadecerse unos a otros, y amarse como hermanos. —Si un hombre desea vivir cómodamente en la tierra o poseer la vida eterna en el cielo debe frenar su lengua de las palabras malas, abusivas o engañosas. Debe abandonar las malas acciones y abstenerse de ellas, hacer todo el bien que pueda, y buscar la paz con todos los hombres. Porque Dios, omnisciente y presente en todo lugar, vela sobre los justos y se encarga de cuidarlos. Nadie puede ni debe dañar a los que imitan el ejemplo de Cristo que es la bondad perfecta y que hizo el bien a los demás y a sus seguidores.

Vv. 14-22. Santificamos a Dios ante los demás cuando nuestra conducta les invita y estimula a glorificarle y honrarle. ¿Cuál era la base y la razón de la esperanza de ellos? Seamos capaces de defender nuestra religión con mansedumbre en el temor de Dios. No hay lugar para otros temores donde hay este gran temor: no perturba. —La conciencia es buena cuando hace bien su oficio. En triste condición está la persona en quien el pecado y el sufrimiento se encuentran; el pecado hace que el sufrimiento sea extremado, desconsolador y destructor. Seguramente es mejor sufrir por hacer el bien que por hacer el mal que nuestra natural impaciencia sugiera en ocasiones. —El ejemplo de Cristo es un argumento en pro de la paciencia cuando se sufre. En el caso del sufrimiento de nuestro Señor, Él no conoció pecado, pero sufrió en lugar de los que no conocían justicia. La intención y la finalidad bendita de nuestro Señor fue reconciliarnos a Dios y llevarnos a la gloria eterna. Fue llevado a la muerte en su naturaleza humana, pero fue resucitado por el poder del Espíritu Santo. Si Cristo no pudo ser librado de los sufrimientos, ¿por qué piensan los cristianos que ellos sí debieran? —Dios toma nota exacta de los medios y las ventajas que tiene la gente de toda época. En cuanto al mundo antiguo, Cristo envió su Espíritu advirtiéndolo a Noé. Pero aunque la paciencia de Dios espera por mucho tiempo, cesará al final. Los espíritus de los pecadores desobedientes, tan pronto como están fuera de sus cuerpos, son entregados a la prisión del infierno, donde están ahora los que despreciaron la advertencia de Noé, y desde la cual no hay redención. —

La salvación de Noé en el arca, flotando sobre el agua, que le llevó sobre el diluvio, logró la salvación de todos los creyentes verdaderos. Esa salvación temporal por el arca fue un tipo de la salvación eterna de los creyentes por el bautismo del Espíritu Santo. Para evitar errores, el apóstol declara qué quiere decir por bautismo que salva; no la ceremonia externa del lavado con agua que, en sí misma, no hace más que quitar la inmundicia de la carne, sino el bautismo del cual el agua bautismal es un signo. No es la ordenanza externa, pero el hombre, por la regeneración del Espíritu, es capacitado para arrepentirse y profesar la fe, y proponerse la vida nueva, rectamente, y como en presencia de Dios. Cuidémonos de no apoyarnos en las formas externas. Aprendamos a mirar espiritualmente las ordenanzas de Dios y a inquirir por el efecto espiritual y la obra de ellos en nuestras conciencias. Nosotros deseáramos que toda la religión se redujera a cosas externas, pero muchos de los que fueron bautizados y participaron constantemente a las ordenanzas, han seguido sin Cristo, murieron en sus pecados y ahora están más allá del rescate. Entonces no descanséis hasta estar limpiados por el Espíritu de Cristo y la sangre de Cristo. Su resurrección de entre los muertos es lo que nos asegura la purificación y de la paz.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—6. *Se insta a considerar los sufrimientos de Cristo para la pureza y la santidad.* 7—

11. *El final cercano del estado judío como razón para la sobriedad, la vigilancia y la oración.*

12—19. *Se exhorta a los creyentes a regocijarse y gloriarse en los reproches y los sufrimientos por Cristo y a encomendar sus almas al cuidado del fiel Dios.*

Vv. 1—6. Los mejores y más firmes argumentos contra el pecado se toman de los sufrimientos de Cristo. Él murió para destruir el pecado; y aunque se sometió jubilosamente a los peores sufrimientos, nunca dio lugar al menor pecado. Las tentaciones no podrían dominar si no fuera por la propia corrupción del hombre; pero los cristianos verdaderos hacen de la voluntad de Dios, no de sus propios deseos ni lujuria, la regla de su vida y de sus acciones. La conversión verdadera hace un cambio maravilloso en el corazón y en la vida. Altera la mente, el juicio, los afectos y la conducta. Cuando el hombre se convierte verdaderamente, le resulta muy triste pensar cómo pasó el tiempo pasado de su vida. —Un pecado trae a otro. Aquí se mencionan seis pecados que dependen unos de otros. Deber del cristiano es no sólo guardarse de la maldad crasa, sino también de las cosas que conducen al pecado o que tienen apariencia de mal. El evangelio había sido predicado a los que desde entonces estaban muertos, que por el juicio carnal y orgulloso de los hombres impíos fueron condenados como malhechores, sufriendo algunos hasta la muerte. Pero siendo vivificados para la vida divina por el Espíritu Santo, vivieron para Dios como sus siervos devotos. Los creyentes no deben temer aunque el mundo se burle de ellos y les haga reproches.

Vv. 7-11. Muy cercana estaba la destrucción de la iglesia y la nación judía, anunciada por nuestro Salvador. El rápido acercamiento de la muerte y el juicio nos concierne a todos, a lo cual nuestras mentes son llevadas naturalmente por estas palabras. Nuestro próximo fin es un argumento poderoso para hacernos sobrios en todos los asuntos mundanos, y fervientes en la religión. —Hay tantas cosas malas en todos, que Satanás prevalecerá para incitar divisiones y discordias, si el amor no cubre, excusa y perdona los errores y las faltas de los demás, por las cuales cada uno necesita la tolerancia del prójimo. Pero no tenemos que suponer que el amor cubrirá o enmendará los pecados de los que los practican, como para inducir a Dios a perdonarlos. —La naturaleza de la obra cristiana, que es obra elevada y difícil, la bondad del Amo, y la excelencia de la recompensa, todo requiere que nuestros esfuerzos sean serios y fervientes. En todos los deberes y los servicios de la vida, debemos apuntar a la gloria de Dios como nuestro fin principal. Miserable e inestable es el que se aferra a sí mismo y se olvida de Dios; sólo está confundido por su mérito, ganancia y bajos fines, que a menudo se frustran y que, cuando los alcanza, él y ellos deben perecer juntos en poco

tiempo. Pero el que se ha dado totalmente a Dios puede decir con confianza que el Señor es su porción y que nada sino la gloria por Jesucristo es sólido y duradero: eso dura para siempre.

Vv. 12–19. El Espíritu Santo es glorificado con la paciencia y la fortaleza en el sufrimiento, con la dependencia de las promesas de Dios y por guardar la palabra que el Espíritu Santo ha revelado; pero es insultado y blasfemado por el desprecio y los reproches a los creyentes. Uno pensaría que las precauciones son innecesarias para los cristianos, pero sus enemigos los acusan falsamente de crímenes horribles. Hasta el mejor de los hombres necesita ser precavido contra el peso de los pecados. No hay consuelo en los sufrimientos cuando nos los acarreamos por nuestro propio pecado y necesidad. Una época de calamidad universal se acerca, como lo predijo nuestro Salvador, Mateo xxiv, 9, 10. Si tales cosas acontecen en esta vida, ¡qué horrible será el día del juicio! —Verdad es que los justos apenas se salvan aun los que se proponen andar rectamente en los caminos de Dios. Esto no significa que el propósito y la obra de Dios sean inciertos; pero sólo alude a las grandes dificultades y encuentros duros del camino; que ellos pasan por tantas tentaciones y tribulaciones, por tantas luchas de fuera y tantos temores de dentro. Pero todas las dificultades externas serían como nada si no fuera por la lujuria y la corrupción interna. Estos son los peores impedimentos y dificultades. Si el camino del justo es tan duro, entonces, ¡cuán duro será el final del pecador impío que se complace en el pecado, y piensa que el justo es necio por todos sus dolores! —La única manera de mantener bien el alma es encomendarla a Dios por la oración y la perseverancia paciente en el bien hacer. Él vencerá todo para la ventaja definitiva del creyente.

CAPÍTULO V

Versículos 1—4. *Exhortación y estímulo a los ancianos.* 5—9. *Los cristianos más jóvenes deben someterse a los ancianos, y ceder con humildad y paciencia ante Dios, y deben ser sobrios, vigilantes, y firmes en la fe.* 10—14. *Oraciones por su crecimiento.*

Vv. 1-4. El apóstol Pedro no ordena, exhorta. No reclama poder de gobierno sobre todos los pastores e iglesias. Era honra particular de Pedro y de otros pocos, el ser testigo de los sufrimientos de Cristo; pero es privilegio de todo verdadero creyente participar de la gloria que ha de ser revelada. Estos cristianos pobres, dispersos y sufridos, eran la grey de Dios, redimida para Dios por el gran Pastor, y viven en santo amor y comunión, conforme a la voluntad de Dios. También son dignificados con el título de heredad de Dios o sacerdocio de Dios. La porción peculiar, escogida para su pueblo es disfrutar de su especial favor, y darle un servicio especial. Cristo es el Príncipe de los pastores de toda la grey y heredad de Dios. Todos los ministros fieles recibirán una corona inmarcesible de gloria, infinitamente mejor y más honrosa que toda la autoridad, riqueza y placer del mundo.

Vv. 5-9. La humildad preserva la paz y el orden en todas las iglesias y sociedades cristianas; el orgullo la perturba. Cuando Dios da gracia para ser humilde, también da sabiduría, fe y santidad. Ser humilde y someterse a nuestro Dios reconciliado, trae más consuelo al alma que los deleites de la soberbia y la ambición. Pero es a su *debido tiempo*; no en el tiempo que tú imaginas, sino en el tiempo que Dios ha establecido sabiamente. Él espera, y ¿no esperarás tú? ¡Cuántas dificultades superará la firme creencia en su sabiduría, poder y bondad! Entonces, humillaos bajo su mano. —“Echad toda vuestra ansiedad”, preocupaciones personales, angustias familiares, ansiedad por el presente, cuidados por el futuro, por vosotros mismos, por otros, por la iglesia, echadlo todo sobre Dios. Son cargas onerosas, y suelen ser muy pecaminosas cuando tienen sus raíces en la desconfianza y la incredulidad, cuando torturan y distraen la mente, nos anulan para el servicio e impiden que nos sintamos contentos en el servicio de Dios. El remedio es echar nuestra solicitud sobre Dios, y dejar todo suceso a disposición de su gracia y su sabiduría. La creencia firme en que la voluntad y los consejos divinos son correctos calma el espíritu del hombre. En verdad el piadoso

suele olvidar esto, y se angustia sin necesidad. Remítelo todo a la buena disposición de Dios. Las minas de oro de todas las consolaciones y bienes espirituales son suyas y del Espíritu mismo. Entonces, ¿no nos dará lo que es bueno para nosotros, si humildemente esperamos en Él, y echamos sobre su sabiduría y amor la carga de proveernos? —Todo el plan de Satanás es devorar y destruir almas. Él siempre está maquinando a quien cazar para llevarlo a la ruina eterna. Nuestro deber claro es ser sobrios; esto es, gobernar al hombre exterior y al interior con las reglas de la temperancia. Velad: sospechar del peligro constante de este enemigo espiritual, evitar con atención y diligencia sus designios. Sed firmes, sólidos, por fe. El hombre no puede luchar en un cenagal, donde no hay un punto firme donde apoyar el pie; sólo la fe suministra un apoyo. Eleva el alma al sólido terreno de avanzada de las promesas, y allí se asegura. La consideración de lo que otros sufren es buena para animarnos a soportar nuestra parte en toda aflicción; en cualquier forma o por cualquier medio que Satanás nos ataque, podemos saber que nuestros hermanos han pasado por lo mismo.

Vv. 10-14. En conclusión, el apóstol ora a Dios por ellos, como el Dios de toda gracia. *Perfeccione* quiere decir su progreso hacia la perfección. *Afirme* se refiere a la cura de nuestra natural ligereza e inconstancia. *Fortalezca* tiene que ver con el crecimiento de las virtudes, especialmente en las que estamos más bajos y débiles. *Establezca* significa fijarse sobre un fundamento firme, y puede referirse a aquel que es el fundamento y fuerza del creyente. El poder de estas doctrinas en el corazón y sus frutos en la vida, muestra quiénes son partícipes de la gracia de Dios. La conservación y el crecimiento en el amor cristiano, y en el afecto mutuo, no es cuestión de un saludo vacío, sino la marca y signo de Jesús sobre sus seguidores. Otros pueden tener una falsa paz por un tiempo, y los malvados pueden desearla para sí mismos y para sus iguales; pero la de ellos es una vana esperanza, y llegará a nada. En Cristo se encuentra una paz sólida, la cual fluye de Él.

SEGUNDA DE PEDRO

Esta epístola está claramente conectada con la anterior de Pedro. Habiendo expresado las bendiciones a que Dios llama a los cristianos, exhorta a quienes han recibido estos dones preciosos a proponerse mejorar en gracia y virtud. Les insta a esto por la maldad de los falsos maestros. Les advierte contra los impostores y los burladores, reprobando sus falsas afirmaciones, capítulo iii, 1–7, y mostrando por qué se retarda el gran día de la venida de Cristo, con la descripción de sus espantosas circunstancias y consecuencias; dando exhortaciones apropiadas a la diligencia y la santidad.

CAPÍTULO I

Versículos 1—11. *Exhortaciones a agregar a la fe el ejercicio de diversas virtudes.* 12—15. *El apóstol espera su inminente deceso.* 16—21. *Y confirma la verdad del evangelio relacionándolo con la manifestación de Cristo para el juicio.*

Vv. 1—11. La fe une verdaderamente a Cristo con el creyente débil y con el fuerte y purifica realmente el corazón de uno y del otro; todo creyente sincero es justificado a ojos de Dios por su fe. La fe obra santidad y produce efectos en el alma que ninguna otra gracia puede producir. En Cristo habita toda la plenitud y el perdón, la paz, la gracia y el conocimiento, y los nuevos principios son así dados por medio del Espíritu Santo. —Las promesas para quienes son partícipes de la naturaleza divina nos harán inquirir si son realmente renovadas en el espíritu de nuestra mente; volvamos todas estas promesas en oraciones por la gracia transformadora y purificadora del Espíritu Santo. El creyente debe agregar conocimiento a su virtud, incrementar la familiaridad con toda la verdad y la voluntad de Dios. Debemos agregar templanza al conocimiento; moderación por las cosas mundanas; y a la templanza debemos agregar paciencia o alegre sometimiento a la voluntad de Dios. La tribulación produce paciencia por la cual soportamos todas las calamidades y las cruces en silencio y sumisión. A la paciencia debemos agregar piedad: esto incluye los santos afectos y disposiciones hallados en el verdadero adorador de Dios; con tierno afecto por todo sus semejantes cristianos que son hijos del mismo Padre, siervos del mismo Amo, miembros de la misma familia, viajeros al mismo país, herederos del mismo legado. Por lo tanto, los cristianos deben laborar para alcanzar la seguridad de su vocación y elección, creyendo y haciendo el bien; y esforzarse en ello cuidadosamente, es un argumento firme de la gracia y misericordia de Dios, que los sostiene para que no caigan completamente. —Los que son diligentes en la obra de la religión, tendrán una entrada triunfal en el reino eterno donde reina Cristo y ellos reinarán con Él para siempre jamás; y es en la práctica de toda buena obra donde debemos esperar entrar al cielo.

Vv. 12—15. Debemos ser fundados en la creencia de la verdad, para que no seamos llevados por cualquier viento de doctrina; y especialmente, en la verdad que necesitamos saber en nuestro día lo que corresponde a nuestra paz, y que se opone a nuestro tiempo. El cuerpo no es sino un tabernáculo o tienda del alma. Es una vivienda vil y móvil. La cercanía de la muerte hace diligente al apóstol en el negocio de la vida. Nada puede dar tanta compostura en la perspectiva o en la hora de la muerte como saber que seguimos fiel y sencillamente al Señor Jesús, y buscamos su gloria. Los que temen al Señor, hablan de su paciencia. Este es el modo de diseminar el conocimiento del Señor, y por la palabra escrita ellos son capacitados para hacer esto.

Vv. 16—21. El evangelio no es algo débil, pero llega con poder, Romanos 1, 16. La ley pone ante nosotros nuestro miserable estado por el pecado, pero nos deja ahí. Descubre nuestra enfermedad, pero no da a conocer la cura. Ver a Jesús crucificado es lo que sana el alma. Tratad de disuadir al mundano codicioso de su avaricia; unos gramos de oro pesan más que todas las razones. Ofreced quitar la ira con argumentos a un hombre furioso, que no tiene paciencia para oírlos. Tratad de detener al libertino, una sonrisa es más fuerte para él, que toda razón. Pero llegad con el evangelio y exhortadles con la preciosa sangre de Jesucristo, derramada para salvar sus almas del infierno, y para satisfacer sus pecados y esta es la súplica poderosa que hace confesar a los hombres buenos que sus corazones ardían por dentro, y a los malos, como Agripa, decir que casi fueron persuadidos a ser cristianos, Hechos xxvi, 28. —Dios se complace bien con Cristo y con nosotros en Él. Este es el Mesías que fue prometido, a través del cual todos los que creemos en Él seremos aceptados y salvados. —La verdad y la realidad del evangelio son también anunciadas por los profetas y escritores del Antiguo Testamento, que hablaron y escribieron bajo la influencia del Espíritu de Dios, y conforme a su dirección. ¡Qué firme y segura debe ser nuestra fe, que tiene una palabra tan firme y segura sobre la cual apoyarse! Cuando la luz de la Escritura el Espíritu Santo de Dios lanza como dardo a la mente ciega y al entendimiento entenebrecido, es como la aurora que irrumpe, avanza y se difunde por toda el alma hasta que el día es perfecto. Como la Escritura es la revelación de la mente y de la voluntad de Dios, todo hombre debe escudriñarla para entender su sentido y significado. El cristiano sabe que el libro es la palabra de Dios, en el cual saborea la dulzura, y siente el poder, y ve la gloria verdaderamente divina. Y las profecías ya cumplidas en la persona y salvación de Cristo, y en los grandes intereses de la iglesia y el mundo, forman una prueba incuestionable de la verdad del cristianismo. El Espíritu Santo inspiró a hombres santos para hablar y escribir. Él asistió así y los dirigió para entregar lo que ellos habían recibido de Él, para que

ellos expresaran claramente lo que daban a conocer. Así que las Escrituras son para ser contadas como las palabras del Espíritu Santo y toda la claridad y simpleza, todo el poder y toda la propiedad de las palabras y expresiones, vienen de Dios. Mezcle la fe con lo que encuentre en las Escrituras, y estime y reverencie la Biblia como libro escrito por hombres santos enseñados por el Espíritu Santo.

CAPÍTULO II

Versículos 1—9. *Se advierte a los creyentes contra los falsos maestros, y la certeza de su castigo se muestra con ejemplos.* 10—16. *Un descripción de los seductores como excesivamente malos.* 17—22. *Pero hacen elevadas pretensiones de libertad y pureza.*

Vv. 1—9. Aunque el camino del error es un camino dañino, muchos son los que siempre están listos para andar por él. Cuidémonos de no dar ocasión al enemigo para que blasfeme el santo nombre por el cual somos llamados o que hablen mal del camino de la salvación por Jesucristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida. —Estos seductores usan palabras fingidas, y engañan los corazones de sus seguidores. Los tales ya están condenados y la ira de Dios está sobre ellos. El método habitual de Dios para proceder se muestra con ejemplos. Los ángeles fueron derribados de toda su gloria y dignidad, por su desobediencia. Si las criaturas pecan, aun en el cielo, deben sufrir en el infierno. El pecado es la obra de las tinieblas, y las tinieblas es la paga del pecado. —Nótese cómo trató Dios al mundo antiguo. El número de ofensores no procura más favor que su calidad. Si el pecado es universal, el castigo se extenderá por igual a todos. —Si en un terreno fértil la gente abunda en pecado, Dios puede volver de inmediato una tierra fértil en estéril, y un país bien regado en cenizas. No hay planes ni políticos que puedan impedir los juicios para un pueblo pecador. El que evita que el agua y el fuego dañen a su pueblo, Isaías xliii, 2, puede destruir también a sus enemigos; ellos nunca están a salvo. —Cuando envía destrucción al impío, Dios manda liberación para el justo. En malas compañías no podemos obtener sino culpa o tristeza. Que los pecados de los demás sean tribulación para nosotros. Pero es posible que los hijos del Señor vivan entre los más profanos, pero retengan su integridad; hay más poder en la gracia de Cristo y su morada en ellos que en las tentaciones de Satanás, o que en el ejemplo del malo, con todos sus terrores o seducciones. En nuestras intenciones e inclinaciones a cometer pecado podemos encontrarnos con raros impedimentos, si los notamos. Cuando pretendemos hacer el mal, Dios envía muchas estorbos para detenernos, como diciendo: Cuidado con lo que hacéis. —Su sabiduría y poder lograrán con toda seguridad los propósitos de su amor, y los compromisos de su verdad; aunque los impíos suelen escapar del sufrimiento aquí, es porque son conservados para el día del juicio, cuando serán castigados con el diablo y sus ángeles.

Vv. 10—16. Los seductores impuros y sus seguidores incondicionales se entregan a sus propósitos carnales. Rehúsan llevar cautivo cada pensamiento a la obediencia a Cristo, actúan contra los preceptos justos de Dios. Andan en pos de la carne, van por rumbos pecaminosos y alcanzan los mayores grados de impureza y maldad. Además, desprecian a los que Dios ha puesto en autoridad sobre ellos, y a quienes requiere que honren. —Las cosas temporales externas y buenas son la paga que los pecadores esperan y se prometen a sí mismos. Nadie tiene más razón para temblar que los que son osados para entregarse a sus lujurias pecaminosas, por presumir de la gracia y la misericordia divina. Ha habido muchos y hay, que hablan a la ligera de las restricciones de la ley de Dios y no se consideran obligados a obedecerla. Que los cristianos se aparten de los tales.

Vv. 17—22. La palabra de verdad es el agua de vida que refresca las almas que la reciben, pero los engañadores diseminan y promueven el error, y quedan vacíos porque no hay verdad en ellos. Como las nubes impiden el paso de la luz del sol, así estos oscurecen el consejo con palabras en que no hay verdad. Viendo que tales hombres aumentan las tinieblas en este mundo, es muy justo que la neblina de las tinieblas sea su porción en el venidero. En medio de su hablar de libertad, estos

hombres son los esclavos más viles; sus propias lujurias ganan la victoria absoluta sobre ellos, y en realidad están esclavizados. Cuando los hombres están enredados, los vencen con facilidad; por tanto, los cristianos deben mantenerse cerca de la palabra de Dios y velar contra todos los que procuren confundirlos. —El estado de apostasía es peor que el estado de ignorancia. Dar un mal informe sobre el buen camino de Dios, y una falsa acusación contra el camino de la verdad debe exponer a la condenación más pesada. ¡Qué temible es el estado aquí descrito! Pero aunque tal caso sea deplorable, no está totalmente desprovisto de esperanza; el leproso puede ser limpiado y hasta el muerto puede ser resucitado. ¿Te causa pesar tu desvío? Cree en el Señor Jesús y serás salvo.

CAPÍTULO III

Versículos 1—4. *Aquí la intención es recordar la venida final de Cristo a juzgar.* 5—10. *Aparecerá inesperadamente cuando el estado presente de la naturaleza sea devastado por el fuego.* 11—18. *Se infiere de esto la necesidad de la santidad y la constancia en la fe.*

Vv. 1—4. Las mentes purificadas tienen que ser estimuladas para que los creyentes se mantengan activos y vivos en la obra de la santidad. Habrá burladores en los postreros tiempos, bajo el evangelio, hombres que toman a la ligera el pecado y se burlan de la salvación por Jesucristo. Un artículo muy importante de nuestra fe se refiere a lo que sólo tiene una promesa para descansar en ella, pero los burladores la atacarán hasta que nuestro Señor venga. Ellos no creen que Él vendrá. Porque no ven cambios, no tienen temor de Dios, Salmo lv, 19. Imaginan que lo que Él nunca ha hecho, no puede ser hecho o nunca lo hará.

Vv. 5—10. Si estos burladores hubieran considerado la espantosa venganza con que Dios borró a todo un mundo de impíos, de una sola vez, seguramente no se burlarían de su amenaza de un juicio igualmente terrible. Se declara por la misma palabra que los cielos y la tierra que ahora son serán destruidos por el fuego. Esto ocurrirá con tanta certeza como la verdad y el poder de Dios pueden hacerlo. —Aquí se enseña y afirma a los cristianos en la verdad de la venida del Señor. Aunque, según cuentan los hombres, hay una gran diferencia entre un día y mil años, según la cuenta de Dios no hay diferencia. Todas las cosas, pasadas, presentes y futuras, están siempre delante de Él; la tardanza de mil años no puede ser tanto para Él como para nosotros es postergar algo por un día o por una hora. Si los hombres no tienen conocimiento ni fe en el Dios eterno, se inclinan a pensar que Él es como ellos. ¡Qué difícil es formarse la idea de la eternidad! Lo que los hombres cuentan como tardanza, es paciencia, y es a favor de nosotros; es para dar más tiempo a su pueblo para que avance en conocimiento y piedad, y en el ejercicio de la fe y la paciencia, para que abunde en buenas obras, haciendo y sufriendo aquello para lo que son llamados, para que puedan dar gloria a Dios. Por tanto, pongan en sus corazones que ciertamente serán llamados a dar cuenta de todas las cosas hechas en el cuerpo, sean buenas o malas. Que el andar humilde y diligente ante Dios y el juicio frecuente de vosotros mismos muestren vuestra firme fe en el juicio futuro, aunque muchos vivan como si absolutamente nunca tuvieran que rendir cuentas. El día llegará cuando los hombres estén seguros y no tengan la esperanza del día del Señor. Los majestuosos palacios y todas las cosas deseables que buscan los hombres mundanos, y en las cuales ponen su felicidad, serán quemadas; todas las clases de criaturas que Dios ha hecho y todas las obras de los hombres deben pasar por el fuego, que será fuego consumidor para todo lo que el pecado haya traído al mundo, aunque será fuego purificador para las obras de la mano de Dios. ¿Qué será de nosotros si ponemos nuestros afectos en esta tierra y la hacemos nuestra porción, aunque vemos que todas estas cosas serán quemadas? Por tanto, ¡asegurémonos de la felicidad más allá de este mundo visible!

Vv. 11—18. Sobre la base de la doctrina de la segunda venida de Cristo se nos exhorta a la pureza y la piedad. Este es el efecto del verdadero conocimiento. Se requiere una santidad muy exacta y universal, que no se apoye en ninguna baja medida o grado. Los cristianos verdaderos

esperan cielos nuevos y una nueva tierra; libres de la vanidad a la que están sujetas las cosas presentes, y del pecado con que están contaminadas. Sólo los vestidos con la justicia de Cristo, y santificados por el Espíritu Santo, serán admitidos para habitar en este santo lugar. No esperes ser hallado en paz en el día de Dios, si eres perezoso y estás ocioso en este tu día, en el cual debemos terminar la obra que se nos ha encomendado hacer. Sólo el creyente diligente será cristiano feliz en el día del Señor. Nuestro Señor vendrá súbitamente, o dentro de muy poco nos llamará a su presencia; ¿y nos va a hallar ociosos? —Aprendamos a usar correctamente la paciencia de nuestro Señor que todavía tarda su venida. Hombres soberbios, carnales y corruptos tratan de eliminar algunas cosas en una aparente concordancia con sus impías doctrinas. Pero hay razón por la cual las epístolas de San Pablo o alguna otra parte de las Escrituras deban ser dejadas de lado; porque los hombres, dejados a su propio criterio, pervierten toda dádiva de Dios. Entonces, procuremos tener preparadas nuestra mente para recibir cosas difíciles de entender, pongamos en práctica las cosas que son más fáciles de entender. Pero debe haber negación de sí, sospecha de nosotros mismos y sumisión a la autoridad de Cristo Jesús antes que podamos recibir de todo corazón todas las verdades del evangelio, por tanto, estamos en gran peligro de rechazar la verdad. El creyente debe desconocer y aborrecer todas las opiniones y los pensamientos de hombres que no concuerden con la ley de Dios, ni sean garantizados por ella. —Los que son descarriados por el error, caen de su propia constancia. Para evitar ser descarriados, debemos tratar de crecer en toda gracia, en fe, en virtud y en conocimiento. Esforzaos por conocer más clara y plenamente a Cristo; conocerle para ser más como Él y amarle más. Este es el conocimiento de Cristo tras el cual iba el apóstol Pablo, deseando obtenerlo; y los que saborean este efecto del conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, darán gracias, luego de recibir tal gracia, y le alabarán y se unirán para darle la gloria ahora, con la plena seguridad de hacer lo mismo en el más allá, para siempre.

PRIMERA DE JUAN

Esta epístola es un discurso sobre los principios doctrinales y prácticos del cristianismo. La intención evidente es refutar las bases, los principios y las prácticas impías y erróneas y advertir contra ellas, especialmente contra las que rebajan la Deidad de Cristo, y la realidad y el poder de sus padecimientos y muerte como sacrificio expiatorio; también, contra lo que se afirma, que los creyentes no tienen que obedecer los mandamientos una vez salvados por gracia. Esta epístola también estimula a todos los que profesan conocer a Dios a que tengan comunión con Él, crean en Él, y que anden en santidad, no en pecado, demostrando que una profesión puramente externa es nada sin la evidencia de una vida y conducta santa. También ayuda estimular y animar a los cristianos de verdad a tener comunión con Dios y el Señor Jesucristo, a la constancia en la fe verdadera y a la pureza de vida.

CAPÍTULO I

Versículos 1—4. *El apóstol dedica su epístola a los creyentes en general con testimonio evidente de Cristo para promover la felicidad y el gozo de ellos.* 5—10. *Se demuestra que es necesaria la*

vida de santidad para tener comunión con Dios.

Vv. 1—4. El Dios esencial, la excelencia no creada que había sido desde el principio, desde la eternidad, igual con el Padre y que, finalmente, se manifestó con naturaleza humana para la salvación de los pecadores, es gran tema sobre el cual escribe el apóstol a sus hermanos. Los apóstoles le vieron durante algunos años, en los cuales presenciaron su sabiduría y santidad, sus milagros, y su amor y misericordia, hasta que le vieron crucificado por los pecadores, y después resucitado de entre los muertos. Ellos le tocaron para tener plena prueba de su resurrección. —Esta Persona divina, el Verbo de vida, el Verbo de Dios se manifestó en naturaleza humana para ser Autor y Dador de la vida eterna a la humanidad por medio de la redención por su sangre y el poder de su Espíritu regenerador. —Los apóstoles declaran lo que han visto y oído para que los creyentes compartieran sus bendiciones y ventajas eternas. Tenían libre acceso a Dios Padre. Tuvieron una feliz experiencia de la verdad en sus almas, y mostraron su excelencia en sus vidas. Esta comunión de los creyentes con el Padre y el Hijo empieza y es sustentada por el poder del Espíritu Santo. Los beneficios que Cristo concede, no son las mezquinas posesiones del mundo que causan envidia en los demás, sino el gozo y la felicidad de la comunión con Dios son absolutamente suficientes, de modo que cualquier cantidad de personas puede participar de ellos; y todos los autorizados para decir que en verdad su comunión es con el Padre, desearán guiar a otros a participar de la misma bienaventuranza.

Vv. 5—10. Todos debiéramos recibir jubilosos un mensaje del Señor Jesús, el Verbo de vida, el Verbo eterno. El gran Dios debe ser representado a este mundo oscuro como luz pura y perfecta. Como esta es la naturaleza de Dios, sus doctrinas y preceptos deben ser tales. Como su perfecta felicidad no puede separarse de su perfecta santidad, así nuestra felicidad será proporcional a la santidad de nuestro ser. Andar en tinieblas es vivir y actuar contra la religión. Dios no mantiene comunión o relación celestial con las almas impías. No hay verdad en la confesión de ellas; su práctica muestra su necedad y falsedad. La vida eterna, el Hijo eterno, se vistió de carne y sangre, y murió para lavarnos de nuestros pecados en su sangre, y procura para nosotros las influencias sagradas por las cuales el pecado tiene que ser sometido más y más hasta que sea completamente acabado. Mientras se insiste en la necesidad de un andar santo, como efecto y prueba de conocer a Dios en Cristo Jesús, se advierte con igual cuidado en contra del error opuesto del orgullo de la justicia propia. Todos los que andan cerca de Dios, en santidad y justicia, están conscientes de que sus mejores días y sus mejores deberes están contaminados con el pecado. Dios ha dado testimonio de la pecaminosidad del mundo proveyendo un Sacrificio eficaz y suficiente por el pecado, necesario en todas las épocas; y se muestra la pecaminosidad de los mismos creyentes al pedirles que confiesen continuamente sus pecados y recurran por fe a la sangre del Sacrificio. Declarémonos culpables ante Dios, humillémonos y dispongámonos a conocer lo peor de nuestro caso. Confesemos honestamente todos nuestros pecados en su plena magnitud, confiando totalmente en su misericordia y verdad por medio de la justicia de Cristo, para un perdón libre y completo y por nuestra liberación del poder y la práctica del pecado.

CAPÍTULO II

Versículos 1, 2. *El apóstol se dirige a la expiación de Cristo para ayuda contra las debilidades pecaminosas.* 3—11. *Los efectos del conocimiento salvador para producir obediencia y amor a los hermanos.* 12—14. *Los cristianos son tratados como hijitos, jóvenes y padres.* 15—23. *Todos son advertidos en contra del amor a este mundo y contra el error.* 24—29. *Exhortación a permanecer firmes en la fe y la santidad.*

Vv. 1, 2. Tenemos un Abogado para con el Padre; uno que ha prometido, y es plenamente capaz de

defender a cada uno que solicite perdón y salvación en su nombre, dependiendo de que Él abogue por ellos. Él es “Jesús”, el Salvador, y “Cristo”, el Mesías, el Ungido. Él solo es “el Justo”, que recibió su naturaleza libre de pecado, y como fiador nuestro obedeció perfectamente la ley de Dios, y así cumplió toda justicia. Todos los hombres de todo país, y a través de sucesivas generaciones, están invitados a ir a Dios a través de esta expiación absolutamente suficiente y por este camino nuevo y vivo. El evangelio, cuando se comprende y recibe correctamente, pone el corazón en contra de todo pecado y contra su práctica permitida; y al mismo tiempo, da un bendito alivio a las conciencias heridas de los que han pecado.

Vv. 3—11. ¿Qué conocimiento de Cristo puede ser aquel que no ve que Él es digno de toda nuestra obediencia? La vida de desobediencia muestra que no hay religión ni honestidad en el profesante. —El amor de Dios es perfeccionado en aquel que obedece sus mandamientos. La gracia de Dios en Él obtiene su marca verdadera, y produce su efecto soberano tanto como puede ser en este mundo, y esta es la regeneración del hombre, aunque aquí nunca sea absolutamente perfecta. Sin embargo, esta observancia de los mandamientos de Cristo tiene santidad y excelencia, que si fuesen universales, harían que la tierra se pareciera al cielo mismo. —El mandamiento de amarse los unos a los otros ha tenido vigencia desde el comienzo del mundo, pero podría considerarse como mandamiento nuevo al darlo a los cristianos. Era nuevo para ellos, como era nueva su situación respecto de sus motivos, reglas y obligaciones. Siguen en estado de tinieblas los que andan con odio y enemistad contra los creyentes. El amor cristiano nos enseña a valorar el alma de nuestro hermano y a temer todo lo que dañe su pureza y su paz. Donde haya tinieblas espirituales, estarán entenebrecidos la mente, el juicio y la conciencia, y erraremos el camino a la vida celestial. Estas cosas exigen un serio examen de sí; y la oración ferviente para que Dios nos muestre qué somos y dónde vamos.

Vv. 12—14. Como los cristianos tienen sus estados propios, tienen sus deberes peculiares; pero hay preceptos y obediencia que afectan a todos, particularmente el amor mutuo y el desprecio al mundo. El discípulo sincero más joven es perdonado; la comunión de los santos va acompañada del perdón de pecados. Los que tienen la permanencia más prolongada en la escuela de Cristo necesitan aun más consejo e instrucción. Se debe escribir a los padres, y predicarles; nadie es demasiado viejo para aprender. Pero esto vale especialmente para los jóvenes en Cristo Jesús, aunque hayan alcanzado fortaleza de espíritu y sano sentido, hayan resistido exitosamente las primeras pruebas y tentaciones, hayan roto con las malas costumbres y relaciones, y hayan entrado por la puerta estrecha de la conversión verdadera. —Se vuelve a dirigir a los diferentes grupos de cristianos. Los niños en Cristo saben que Dios es su Padre: esa es su sabiduría. Los creyentes avanzados que conocen a Aquel que fue desde el comienzo, antes que este mundo fuese hecho, muy bien pueden ser guiados por eso a renunciar a este mundo. —La gloria de las personas jóvenes será la fortaleza en Cristo y en su gracia. Ellos vencen al maligno por la palabra de Dios.

Vv. 15—17. Las cosas del mundo pueden desearse y poseerse para los usos y propósitos que Dios concibió, y hay que usarlas por su gracia y para su gloria; pero los creyentes no deben buscarlas ni valorarlas para propósitos en que el pecado abusa de ellas. El mundo aparta de Dios el corazón y mientras más prevalezca el amor al mundo, más decae el amor a Dios. Las cosas del mundo se clasifican conforme a las tres inclinaciones reinantes de la naturaleza depravada: —1. La concupiscencia de la carne, del cuerpo: los malos deseos del corazón, el apetito de darse el gusto con todas las cosas que excitan e inflaman los placeres sensuales. —2. La concupiscencia de los ojos: los ojos se deleitan con las riquezas y las posesiones ricas; esta es la concupiscencia de la codicia. —3. La soberbia de la vida: el hombre vano ansía la grandeza y la pompa de una vida de vanagloria, lo cual comprende una sed de honores y aplausos. Las cosas del mundo se desvanecen rápidamente y mueren; el mismo deseo desfallecerá y cesará dentro de poco tiempo, pero el santo afecto no es como la lujuria pasajera. El amor de Dios nunca desfallecerá. —Muchos vanos esfuerzos se han hecho para eludir la fuerza de este pasaje con limitaciones, distinciones o excepciones. Muchos han tratado de mostrar cuán lejos podemos ir estando orientados carnalmente y amando al mundo; pero no resulta fácil equivocarse respecto al significado evidente de estos

versículos. A menos que esta victoria sobre el mundo empiece en el corazón, el hombre no tiene raíces en sí mismo y caerá o, en el mejor de los casos, será un profesante estéril. De todos modos, estas vanidades son tan seductoras para la corrupción de nuestros corazones, que, sin velar y orar sin cesar, no podemos escapar del mundo ni lograr la victoria sobre su dios y príncipe.

Vv. 18—23. Todo hombre que niega la Persona o alguno de los oficios de Cristo es anticristo; y al negar al Hijo, niega también al Padre, y no tiene parte en su favor porque rechaza su gran salvación. Que esta profecía la aparición de seductores en el mundo cristiano nos resguarde de ser seducidos. La Iglesia no sabe bien quiénes son sus miembros verdaderos, ni quienes no lo son, pero así se prueba a los verdaderos cristianos que se hacen más vigilantes y humildes. Los verdaderos cristianos son los ungidos, como su nombre lo expresa: son los ungidos por el Espíritu Santo con gracia, con dones y privilegios espirituales. Las mentiras más grandes y perjudiciales que difunde el padre de mentira en el mundo suelen ser falsedades y errores relativos a la persona de Cristo. Sólo la unción del Santo puede guardarnos de los engaños. Mientras juzgamos favorablemente a todos los que confían en Cristo como el Salvador Divino, y obedecen su palabra y procuran vivir unidos con ellos, tengamos lástima y oremos por los que niegan la deidad de Cristo o su expiación y la obra de nueva creación que hace el Espíritu Santo. Protestemos contra la doctrina anticristiana y guardémonos de ellos lo más que podamos.

Vv. 24—29. La verdad de Cristo que permanece en nosotros es el medio de separarse del pecado y unirse al Hijo de Dios, Juan xv, 3, 4. ¡Cuánto valor debemos dar a la verdad del evangelio! Por él se asegura la promesa de la vida eterna. La promesa que hace Dios es adecuada a su propia grandeza, poder y bondad; es la vida eterna. —El Espíritu de verdad no mentirá; y enseña todas las cosas de la presente dispensación, todas las cosas necesarias para nuestro conocimiento de Dios en Cristo, y su gloria en el evangelio. —El apóstol repite la amable palabra, “hijitos” que denota su afecto. Él persuade por amor. Los privilegios del evangelio obligan a los deberes del evangelio; y los ungidos por el Señor Jesús permanecen con Él. La nueva naturaleza espiritual es del Señor Cristo. El que es constante en la práctica de la religión en las épocas de prueba, demuestra que es nacido de lo alto, del Señor Cristo. Entonces, cuidémonos de sostener con injusticia la verdad, recordando que sólo son nacidos de Dios los que llevan su santa imagen y andan en sus caminos más justos.

CAPÍTULO III

Versículos 1, 2. *El apóstol admira el amor de Dios al hacer sus hijos a los creyentes.* 3—10. *La influencia purificadora de la esperanza de ver a Cristo, y el peligro de pretender esto viviendo en pecado.* 11—15. *El amor a los hermanos es el carácter del verdadero cristiano.* 16—21. *Ese amor es descrito por sus actos.* 22—24. *La ventaja de la fe, el amor y la obediencia.*

Vv. 1, 2. Poco conoce el mundo la dicha de los verdaderos seguidores de Cristo. Poco piensa el mundo que estos pobres, humildes y despreciados son los favoritos de Dios y que habitarán en el cielo. Los seguidores de Cristo deben contentarse con las dificultades de aquí, puesto que están en tierra de extranjeros, donde su Señor fue tan maltratado antes que ellos. —Los hijos de Dios deben andar por fe y vivir por esperanza. Bien pueden esperar con fe, esperanza y ferviente deseo la revelación del Señor Jesús. Los hijos de Dios serán conocidos, y manifestados por su semejanza con su Cabeza. Serán transformados a la misma imagen, por verle a Él.

Vv. 3—10. Los hijos de Dios saben que su Señor es de ojos muy puros que no permiten que nada impío e impuro habite en Él. La esperanza de los hipócritas, no la de los hijos de Dios, es la que permite la satisfacción de deseos y concupiscencias impuras. Seamos sus seguidores como hijos amados, mostrando así nuestro sentido de su indecible misericordia y expresemos esa mentalidad

humilde, agradecida y obediente que nos corresponde. —El pecado es rechazar la ley divina. En Él, esto es, en Cristo no hubo pecado. Él asumió todas las debilidades, pero sin pecado, que fueron consecuencias de la caída, esto es, todas esas debilidades de la mente o cuerpo que someten al hombre a los sufrimientos y lo exponen a la tentación. Pero Él no tuvo nuestra debilidad moral, nuestra tendencia al pecado. —El que permanece en Cristo no practica habitualmente el pecado. Renunciar al pecado es la gran prueba de la unión espiritual con el Señor Cristo, y de la permanencia en Él y en su conocimiento salvador. Cuidado con engañarse a uno mismo. El que hace justicia es justo y es seguidor de Cristo, demuestra interés por fe en su obediencia y sufrimientos. Pero el hombre no puede actuar como el diablo y ser, al mismo tiempo, un discípulo de Cristo Jesús. No sirvamos ni consintamos en aquello que el Hijo de Dios vino a destruir. Ser nacido de Dios es ser internamente renovado por el poder del Espíritu de Dios. La gracia renovadora es un principio permanente. La religión no es un arte, ni asunto de destreza o pericia sino una nueva naturaleza. La persona regenerada no puede pecar como pecaba antes de nacer de Dios, ni como pecan otros que no son nacidos de nuevo. Existe esa luz en su mente que le muestra el mal y la malignidad del pecado. Existe esa inclinación en su corazón que le dispone a aborrecer y odiar el pecado. Existe el principio espiritual que se opone a los actos pecaminosos. Y existe el arrepentimiento cuando se comete el pecado. Pecar intencionalmente es algo contrario a él. —Los hijos de Dios y los hijos del diablo tienen sus caracteres diferentes. La simiente de la serpiente es conocida por su descuido de la religión y por su odio a los cristianos verdaderos. Sólo es justo ante Dios, como creyente justificado, el que es enseñado y dispuesto a la justicia por el Espíritu Santo. En *esto* se manifiestan los hijos de Dios y los hijos del diablo. Los profesantes del evangelio deben tomar muy a pecho estas verdades y probarse a sí mismos por ellas.

Vv. 11—15. Debemos amar al Señor Jesús, valorar su amor, y por tanto, amar a todos nuestros hermanos en Cristo. Este amor es el fruto especial de nuestra fe, y señal segura de que somos nacidos de nuevo. Pero nadie que conozca rectamente el corazón del hombre puede asombrarse ante el desprecio y enemistad de la gente impía contra los hijos de Dios. —Sabemos que pasamos de muerte a vida: podemos saberlo por las pruebas de nuestra fe en Cristo, de las cuales una es el amor a los hermanos. No es el celo por un partido de la religión común, ni afecto por los que son de la misma denominación y sentimientos que nosotros. La vida de la gracia en el corazón de la persona regenerada es el comienzo y el primer principio de la vida de gloria de la cual están destituidos los que odian a sus hermanos en sus corazones.

Vv. 16—21. He aquí la condescendencia, el milagro, el misterio del amor divino: que Dios redima a la Iglesia con su propia sangre. Seguramente amamos a los que Dios ha amado y amado *a tal punto*. El Espíritu Santo, dolido por el egoísmo, abandona al corazón egoísta sin consuelo, dejándolo lleno de tinieblas y terror. ¿Cómo se puede saber si un hombre tiene el sentido verdadero del amor de Cristo por los pecadores que perecen, o si el amor de Dios fue plantado en su corazón por el Espíritu Santo?, si el amor al mundo y por su bien supera a los sentimientos de compasión por el hermano que perece. Cada ejemplo de este egoísmo debe debilitar las pruebas de la conversión del hombre; cuando es algo habitual y permitido, decide en su contra. Si la conciencia nos condena por pecado conocido, o por descuidar un deber conocido, Dios también. Por tanto, dejemos que la conciencia esté bien informada, sea escuchada y atendida con diligencia.

Vv. 22—24. Cuando los creyentes tienen confianza en Dios, por medio del Espíritu de adopción, y por fe en el gran Sumo Sacerdote, pueden pedir lo que quieran de su Padre reconciliado. Lo recibirán si es bueno para ellos. Como desde el cielo se proclamó buena voluntad para con los hombres, así debe haber buena voluntad para con los hombres, en particular los hermanos, en los corazones de los que van a Dios y al cielo. —El que así sigue a Cristo, habita en Él como su arca, refugio y reposo, y en el Padre por medio de Él. Esta unión entre Cristo y las almas de los creyentes, es por el Espíritu que Él les ha dado. —El hombre puede creer que Dios es bondadoso antes de conocerle; pero cuando la fe se posesiona de las promesas, pone a trabajar su razón. El Espíritu de Dios obra un cambio; en todos los cristianos verdaderos, cambia del poder de Satanás al poder de Dios. Considera, creyente, cómo cambia tu corazón. ¿No anhelas la paz con

Dios? ¿No renunciarías a todo lo del mundo por ella? Ningún provecho, placer o preferencia te impedirá seguir a Cristo. Esta salvación está edificada sobre el testimonio divino, el Espíritu de Dios.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—6. *Los creyentes son advertidos en contra de atender a cualquiera que pretende tener el Espíritu.* 7—21. *El amor fraternal está vigente.*

Vv. 1—6. Los cristianos que están bien familiarizados con las Escrituras pueden discernir, en humilde dependencia de la enseñanza divina, a los que establecen doctrinas conforme a los apóstoles y aquellos que les contradicen. La suma de la religión revelada está en la doctrina referida a Cristo, Su persona y oficio. Los falsos maestros hablan al mundo conforme a sus máximas y gustos, como para no ofender a los hombres carnales. El mundo los aprueba, progresan rápido y tienen muchos seguidores como ellos; el mundo amará a los suyos y los suyos le amarán. —La doctrina verdadera de la persona del Salvador, que saca a los hombres desde el mundo a Dios, es marca del espíritu de verdad que se opone al espíritu de error. Mientras más pura y santa sea una doctrina, más probable que sea de Dios; tampoco podemos probar los espíritus por ninguna otra regla, para saber si son o no de Dios. Y ¿qué maravilla es que la gente de espíritu mundano se aferre a esos que son como ellos, y que adecuan sus estratagemas y discursos a su gusto corrupto?

Vv. 7—13. El Espíritu de Dios es el Espíritu de amor. El que no ama la imagen de Dios en Su pueblo, no tiene conocimiento salvador de Dios. Pues ser bueno y dar felicidad es la naturaleza de Dios. La ley de Dios es amor; y todos serán perfectamente felices si todos la hubiesen obedecido. La provisión del evangelio, para el perdón de pecado, y la salvación de los pecadores, consistente con la gloria y la justicia de Dios, demuestra que Dios es amor. El misterio y las tinieblas aún penden sobre muchas cosas. Dios se ha demostrado siendo amor para que no podamos dejar de alcanzar la felicidad eterna, a menos que sea por la incredulidad y la impenitencia, aunque la justicia estricta nos condenara a la miseria desesperanzada por romper las leyes de nuestro Creador. —Ninguna palabra ni pensamiento de nosotros puede hacer justicia al amor gratuito y asombroso del santo Dios para con los pecadores, que no podrían beneficiarse de Él ni dañarle, a los que Él podría aplastar justicieramente en un momento, y a los que, siendo merecedores de Su venganza, Él muestra el método por el cual fueron salvados aunque Él podía haber creado, por Su Palabra todopoderosa, otros mundos con seres más perfectos si lo hubiera considerado bien. ¿Investigamos todo el universo buscando al amor en sus despliegues más gloriosos? Se halla en la persona y la cruz de Cristo. ¿Existe el amor entre Dios y los pecadores? Aquí estaba el origen, no que nosotros amáramos a Dios sino que Él nos amó libremente. Su amor no podía estar concebido para ser infructuoso en nosotros, y cuando su fin y tema apropiados se ganen y produzcan, puede decirse que está perfeccionado. Así es perfeccionada la fe por sus obras. Así se manifestará que Dios habita en nosotros por Su Espíritu que crea de nuevo. —El cristiano que ama es el cristiano perfecto; póngalo en cualquier deber bueno y es perfecto para eso, es experto en eso. El amor aceita las ruedas de sus afectos y lo pone en eso que es útil para sus hermanos. El hombre que se ocupa de algo con mala voluntad, siempre lo hace mal. Que Dios habite en nosotros y nosotros en Él, eran palabras demasiado elevadas para que las usaran los mortales si Dios no las hubiera puesto delante de nosotros. Pero, ¿cómo puede saberse si el testimonio de esto procede del Espíritu Santo? Aquellos que están verdaderamente persuadidos de ser los hijos de Dios no pueden sino llamarlo Abba, Padre. Por amor a Él, odian el pecado y todo lo que no concuerde con Su voluntad, y tienen el deseo sano de todo corazón de hacer Su voluntad. Tal testimonio es el testimonio del Espíritu Santo.

Vv. 14—21. El Padre envió al Hijo, Él deseó Su venida a este mundo. El apóstol atestigua esto. Y cualquiera que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, en ése habita Dios y ése en Dios. Esta

confesión abarca la fe en el corazón como fundamento; reconoce con la boca la gloria de Dios y Cristo, y confiesa en la vida y conducta contra los halagos y ceños fruncidos del mundo. —Debe haber un día de juicio universal. ¡Dichosos aquellos que tendrán osadía santa ante el Juez en aquel día sabiendo que Él es su Amigo y Abogado! Dichosos aquellos que tendrán osadía santa en la perspectiva de aquel día, que miran y esperan por eso y por la manifestación del Juez. El verdadero amor a Dios asegura a los creyentes del amor de Dios por ellos. El amor nos enseña a sufrir por Él y con Él; por tanto, podemos confiar que también seremos glorificados con Él, 2 Timoteo ii, 12. — Debemos distinguir entre el temor de Dios y tenerle miedo; el temor de Dios comprende alta consideración y veneración por Dios. La obediencia y las buenas obras hechas a partir del principio del amor, no son como el esfuerzo servil de uno que trabaja sin voluntad por miedo a la ira del amo. Son como las de un hijo obediente que sirve a un padre amado que beneficia a sus hermanos y las hace voluntariamente. Señal de que nuestro amor dista mucho de ser perfecto si son muchas nuestras dudas, temores y aprensiones de Dios. Que el cielo y la tierra se asombren por Su amor. Él envió Su palabra a invitar a los pecadores a participar de esta gran salvación. Que ellos tengan el consuelo del cambio feliz obrado en ellos mientras le dan a Él la gloria. —El amor de Dios en Cristo, en los corazones de los cristianos por el Espíritu de adopción, es la prueba grande de la conversión. Esta debe ser probada por sus efectos en sus temperamentos, y en sus conductas para con sus hermanos. Si un hombre dice amar a Dios y, sin embargo, se permite ira o venganza, o muestra una disposición egoísta, desmiente a su confesión. Pero si es evidente que nuestra enemistad natural está cambiada en afecto y gratitud, bendigamos el nombre de nuestro Dios por este sello y primicia de dicha eterna. Entonces nos diferenciamos de los profesos falsos que pretenden amar a Dios a quien no han visto pero odian a sus hermanos a los que han visto.

CAPÍTULO V

Versículos 1—5. *El amor fraternal es el efecto del nuevo nacimiento, que hace grato obedecer todos los mandamientos de Dios.* 6—8. *Referencia a los testigos que concuerdan en probar que Jesús, el Hijo de Dios, es el Mesías verdadero.* 9—12. *La satisfacción que tiene el creyente por Cristo, y la vida eterna por medio de Él.* 13—17. *La seguridad de que Dios oye y contesta las oraciones.* 18—21. *La feliz condición de los creyentes verdaderos, y el mandato de renunciar a la idolatría.*

Vv. 1—5. El verdadero amor por el pueblo de Dios se puede distinguir de la amabilidad natural o los afectos partidistas por estar unido con el amor de Dios, y la obediencia a sus mandamientos. El mismo Espíritu Santo que enseñó el amor, tendrá que enseñar también la obediencia; el hombre que peca por costumbre o descuida el deber que conoce, no puede amar de verdad a los hijos de Dios. —Como los mandamientos de Dios son reglas santas, justas y buenas de libertad y felicidad, así los que son nacidos de Dios y le aman, no los consideran gravosos, y lamentan no poder servirle en forma más perfecta. Se requiere abnegación, pero los cristianos verdaderos tienen un principio que los hace superar todos los obstáculos. Aunque el conflicto suele ser agudo, y el regenerado se ve derribado, de todos modos se levantará y renovará con desnudo su batalla. Pero todos, salvo los creyentes en Cristo, son esclavos en uno u otro aspecto de las costumbres, opiniones o intereses del mundo. La fe es la causa de la victoria, el medio, el instrumento, la armadura espiritual por la cual vencemos. En fe y por fe nos aferramos de Cristo, despreciamos el mundo y nos oponemos a él. La fe santifica el corazón y lo purifica de las concupiscencias sensuales por las cuales el mundo obtiene ventaja y dominio de las almas. Tiene el Espíritu de gracia que le habita, el cual es mayor que el que está en el mundo. El cristiano verdadero vence al mundo por fe; ve en la vida y conducta del Señor Jesús en la tierra y medio de ella, que debe renunciar y vencer a este mundo. No puede estar satisfecho con este mundo y mira más allá de él y continua inclinado, esforzándose y extendiéndose

hacia el cielo. Todos debemos, por el ejemplo de Cristo, vencer al mundo o nos vencerá para nuestra ruina.

Vv. 6—8. Estamos corrompidos por dentro y por fuera; por dentro, por el poder y la contaminación del pecado en nuestra naturaleza. Porque nuestra limpieza interior está en Cristo Jesús y por medio de Él, el lavado de la regeneración y la renovación por el Espíritu Santo. Algunos piensan que aquí se representan los dos sacramentos: el bautismo con agua, como señal externa de regeneración y purificación por el Espíritu Santo de la contaminación del pecado; y la cena del Señor, como señal externa del derramamiento de la sangre de Cristo, y de recibirle por fe para perdón y justificación. Estas dos maneras de limpiarse estaban representadas en los antiguos sacrificios y lavados ceremoniales. El agua y la sangre incluyen todo lo que es necesario para nuestra salvación. Nuestras almas son lavadas y purificadas, por el agua, para el cielo y la habitación de los santos en luz. Somos justificados, reconciliados y presentados como justos, por la sangre, a Dios. El Espíritu purificador para el lavado interior de nuestra naturaleza se obtiene por la sangre, habiendo sido satisfecha la maldición de la ley. El agua y la sangre fluyeron del costado del Redentor sacrificado. Él amaba a la Iglesia y se dio por ella para santificarla y limpiarla con el lavamiento del agua por la palabra; para presentársela para sí una Iglesia gloriosa, Efesios v, 25–27. Esto fue hecho en Espíritu de Dios y por Él, conforme a la declaración del Salvador. Él es el Espíritu de Dios y no puede mentir. —Tres dieron testimonio de las doctrinas de la persona de Cristo y su salvación. El Padre, repetidamente, por una voz desde el cielo declaró que Jesús era su Hijo amado. La Palabra declara que Él y el Padre eran Uno, y que quien lo ha visto a Él, ha visto al Padre. También el Espíritu Santo descendió del cielo y se posó en Cristo en su bautismo; Él había dado testimonio de Cristo por medio de todos los profetas, y dio testimonio de su resurrección y oficio de mediador por el don de poderes milagrosos a los apóstoles. Pero se cite o no este pasaje, la doctrina de la trinidad en unidad sigue igualmente firme y cierta. —Hubo tres testimonios para la doctrina enseñada por los apóstoles, respecto de la persona y salvación de Cristo. —1. El Espíritu Santo. Venimos al mundo con una disposición carnal corrupta que es enemistad contra Dios. Que esto sea eliminado por la regeneración y la nueva creación de almas por el Espíritu Santo, es testimonio del Salvador. —2. El agua: establece la pureza y el poder purificador del Salvador. La pureza y la santidad actual y activa de sus discípulos están representadas por el bautismo. —3. La sangre que Él derramó: este fue nuestro rescate, esto testifica de Jesucristo; selló y terminó los sacrificios del Antiguo Testamento. Los beneficios procurados por su sangre, prueban que Él es el Salvador del mundo. No es de extrañarse que quien rechaza esta evidencia sea juzgado por blasfemar del Espíritu de Dios. Los tres testigos son para uno e idéntico propósito; concuerdan en una y la misma cosa.

Vv. 9—12. Nada puede ser más absurdo que la conducta de los que dudan de la verdad del cristianismo, mientras en los asuntos corrientes de la vida no vacilan en proceder basados en el testimonio humano, y considerarían desquiciado a quien declinara hacerlo así. El cristiano verdadero ha visto su culpa y miseria, y su necesidad de un Salvador así. Ha visto lo adecuado de tal Salvador para todas sus necesidades y circunstancias espirituales. Ha encontrado y sentido el poder de la palabra y la doctrina de Cristo, humillando, sanando, vivificando y consolando su alma. Tiene una nueva disposición y nuevos deleites, y no es el hombre que fue anteriormente. Pero aún halla un conflicto consigo mismo, con el pecado, con la carne, el mundo y las potestades malignas. Pero halla tal fuerza de la fe en Cristo, que puede vencer al mundo y seguir viaje hacia uno mejor. Tal seguridad tiene el creyente del evangelio: tiene un testigo en sí mismo que acaba con toda duda del tema, salvo en las horas de tinieblas o conflicto; pero no pueden sacarlo de su fe en las verdades principales del evangelio. —Aquí está lo que hace tan espantoso el pecado del incrédulo: el pecado de la incredulidad. Él trata de mentiroso a Dios; porque no cree el testimonio que Dios dio de su Hijo. En vano es que un hombre alegue que cree el testimonio de Dios en otras cosas, mientras lo rechaza en esto. El que rehúsa confiar y honrar a Cristo como Hijo de Dios, el que desdeña someterse a su enseñanza como Profeta, a confiar en su expiación e intercesión como gran Sumo Sacerdote u obedecerle como Rey, está muerto en pecado, bajo condenación; una moral externa,

conocimiento, formas, nociones o confianzas de nada le servirán.

Vv. 13—17. Basados en todas estas pruebas sólo es justo que creamos en el nombre del Hijo de Dios. Los creyentes tienen vida eterna en el pacto del evangelio. Entonces, recibamos agradecidos el registro de la Escritura. Siempre abundando en la obra del Señor, sabiendo que nuestro trabajo en el Señor no es en vano. El Señor Cristo nos invita a ir a Él en todas las circunstancias, con nuestras súplicas y peticiones, a pesar del pecado que nos asedia. Nuestras oraciones deben ser ofrecidas siempre sometidas a la voluntad de Dios. En algunas cosas son contestadas rápidamente, en otras son otorgadas de la mejor manera, aunque no como se pidió. Debemos orar por el prójimo y por nosotros mismos. Hay pecados que batallan contra la vida espiritual en el alma y contra la vida de lo alto. No podemos orar que sean perdonados los pecados de los impenitentes e incrédulos mientras sigan así; ni que les sea otorgada misericordia, la cual supone el perdón de pecado, mientras sigan voluntariamente así. Pero podemos orar por su arrepentimiento, por el enriquecimiento de ellos con la fe en Cristo, y sobre la base de ella, por todas las demás misericordias salvadoras. —Debemos orar por el prójimo y por nosotros rogando al Señor que perdone y recupere al caído y alivie al tentado y afligido. Seamos agradecidos de verdad porque no hay pecado para muerte del cual uno se arrepienta verdaderamente.

Vv. 18—21. Toda la humanidad está dividida en dos partes o esferas: el que pertenece a Dios y el que pertenece al maligno. Los creyentes verdaderos pertenecen a Dios; son de Dios y vienen de Él, para Él y por Él; mientras el resto, de lejos la gran mayoría, está en el poder del maligno; hacen sus obras y apoyan su causa. Esta declaración general comprende a todos los incrédulos, cualquiera sea su profesión, situación o posición o cualquiera sea el nombre por el que se llamen. El Hijo guía a los creyentes al Padre y ellos están en el amor y el favor de ambos; en unión con ambos, por la morada y obra del Espíritu Santo. ¡Dichosos aquellos a los que es dado saber que el Hijo de Dios ha venido, y tienen un corazón que confía y descansa en el que es verdadero! Que este sea nuestro privilegio: que seamos guardados de todos los ídolos y las falsas doctrinas, y del amor idólatra a los objetos mundanos, y que seamos mantenidos por el poder de Dios, por medio de la fe, para salvación eterna. A este verdadero Dios vivo sea la gloria y el dominio por siempre jamás. Amén.

SEGUNDA DE JUAN

Esta epístola es como un resumen de la primera; en pocas palabras, trata los mismos puntos. La señora elegida es elogiada por la educación virtuosa y religiosa de sus hijos; se le exhorta a permanecer en la doctrina de Cristo, a perseverar en la verdad y a evitar cuidadosamente los engaños de los falsos maestros. Pero el apóstol le ruega principalmente que practique el gran mandamiento del amor y la caridad cristianos.

Versículos 1—3. *El apóstol saluda a la señora elegida y a sus hijos.* 4—6. *Expresa su gozo por la fe y el amor de ellos.* 7—11. *Les advierte contra los engañadores.* 12, 13. *Y termina.*

Vv. 1—3. La religión vuelve los cumplidos en verdaderas expresiones de respeto y amor. Un discípulo anciano es honorable; un apóstol y líder anciano de los discípulos lo es más. La carta es para una noble señora cristiana y sus hijos; bueno es que el evangelio se halle entre ellos: algunas

personas nobles reciben el llamado. Las familias tienen que ser animadas y dirigidas en su amor y deberes hogareños. Los que aman la verdad y la piedad en sí mismos, deben amarla en el prójimo; los cristianos amaban a esta señora, no por su rango, sino por su santidad. Donde esté de verdad la religión, se quedará para siempre. —De las Personas divinas de la deidad el apóstol les desea la gracia, el favor divino y la buena voluntad, la fuente de todas las cosas buenas. Indudablemente es gracia que la bendición espiritual sea dada a los mortales pecadores. La misericordia y el libre perdón, porque los que ya son ricos en gracia, necesitan perdón continuo. Paz, tranquilidad de espíritu, y conciencia limpia, en la reconciliación asegurada con Dios, junto con toda prosperidad externa que es realmente para siempre: estas son deseadas en verdad y amor.

Vv. 4—6. Bueno es haber sido enseñado tempranamente en la religión; los niños pueden ser amados por amor de sus padres. Dio gran gozo al apóstol ver a los niños andando en las huellas de sus padres, y probablemente, a su vez, apoyando al evangelio. Que Dios bendiga más y más a esas familias, y levante a muchos que imiten su ejemplo. ¡Qué agradable es el contraste con los muchos que infunden la irreligiosidad, la infidelidad y el vicio en sus hijos! Nuestro camino es verdadero, nuestra conducta es buena, cuando están de acuerdo con la palabra de Dios. Podría decirse que este mandamiento de amor cristiano mutuo es un mandamiento nuevo porque fue declarado por el Señor Cristo, pero, en cuanto a su tema, es antiguo. Este es el amor a nuestras almas, que obedezcamos los mandamientos divinos. La visión anticipada de la declinación de este amor, y de otras apostasías o desvíos, puede ser la explicación de esta exhortación del apóstol al deber y la obediencia a este mandamiento con frecuencia y fervor.

Vv. 7—11. Se describen el engañador y su engaño: él trae error acerca de la persona y oficio del Señor Jesús. Tal es un engañador y un anticristo; engaña a las almas y sabotea la gloria y el reino del Señor Cristo. No pensemos que es raro que ahora haya engañadores y opositores del nombre y la dignidad del Señor Cristo, porque los hubo en los tiempos de los apóstoles. —Mientras más abunden los engañadores y los engaños, más alertas deben estar los discípulos. Triste es que los espléndidos logros en la escuela de Cristo se pierdan para siempre. La manera de ganar la recompensa plena es permanecer veraz a Cristo y constante en la religión hasta el final. El aferrarse firme a la verdad cristiana nos une a Cristo, y por Él, también al Padre, porque ellos son uno. Descartemos igualmente a los que no permanecen en la doctrina de Cristo y los que transgreden sus mandamientos. Cualquiera que no profesa ni predica la doctrina de Cristo, respetándole como Hijo de Dios, y la salvación de la culpa y del pecado por medio de Él, no deben ser notados ni tomados en cuenta. Pero en obediencia a este mandamiento debemos demostrar bondad y buen espíritu a los que difieren de nosotros en asuntos menores, pero sostienen firmemente todas las doctrinas importantes de la persona de Cristo y de la santa salvación.

Vv 12, 13. El apóstol refiere muchas cosas a una reunión personal. Pluma y tinta eran medios de fortalecer y consolar al prójimo, pero verse es mejor. La comunión de los santos debe ser mantenida por todos los métodos y debe llevar al gozo mutuo. En la comunión con ellos encontramos mucho de nuestro gozo presente y esperamos la felicidad para siempre.

TERCERA DE JUAN

Esta epístola está dirigida a un convertido gentil. El alcance es elogiar su constancia en la fe y su hospitalidad especialmente para con los ministros de Cristo.

Versículos 1—8. *El apóstol elogia a Gayo por su piedad y hospitalidad.* 9—12. *Le advierte para que no se ponga del lado de Diótrefes, que era un espíritu turbulento, pero recomienda a Demetrio como hombre de carácter excelente.* 13, 14. *Espera ver pronto a Gayo.*

Vv. 1—8. Los que son amados de Cristo, amarán a los hermanos por amor a Él. La prosperidad del alma es la mayor bendición a este lado del cielo. La gracia y la salud son ricas compañías. La gracia empleará la salud. El alma rica puede estar alojada en el cuerpo débil; y la gracia debe, entonces, ejercerse para someterse a tal dispensación. Pero podemos desear y orar que los que tienen almas prósperas puedan tener cuerpos sanos; que su gracia pueda brillar donde aún haya lugar para la actividad. Cuántos profesantes hay, sobre los cuales deben volverse las palabras del apóstol, y debemos desear con fervor y orar que sus almas prosperen, ¡al prosperar su salud y sus circunstancias! —La fe verdadera obrará por amor. Dar un buen informe corresponde a los que reciben el bien; ellos no pueden sino testificar a la iglesia lo que hallaron y sintieron. Los hombres buenos se regocijan en la prosperidad del alma del prójimo; y se alegran al oír de la gracia y la bondad de otros. Así como es gozo para los buenos padres, será un gozo para los buenos ministros ver que su gente adorna su profesión. —Gayo pasó por alto diferencias menores entre cristianos serios y ayudó generosamente a todos los que llevaban la imagen y hacían la obra de Cristo. Fue recto en lo que hizo como siervo fiel. Las almas fieles pueden oír que se les elogia sin envanecerse; la felicitación de lo que es bueno en ellos, los pone a los pies de la cruz de Cristo. —Los cristianos deben considerar no sólo lo que deben hacer, sino lo que pueden hacer; y deben hacer hasta las cosas corrientes de la vida, de buena voluntad, con buen ánimo, sirviendo en ello a Dios y procurando así su gloria. Los que dan a conocer libremente el evangelio de Cristo, serán ayudados por los demás a quienes Dios da los medios. Los que no pueden proclamarlo pueden recibir, de todos modos, ayuda y sostener a los que sí lo hacen.

Vv. 9—12. Debe vigilarse el corazón y la boca. El temperamento y el espíritu de Diótrefes estaba lleno de orgullo y ambición. Es malo no hacer el bien por nosotros mismos, pero es peor estorbar a los que hacen el bien. Esas advertencias y consejos son aceptados, más probablemente, cuando están sazonados con amor. Seguir lo que es bueno, porque el que hace el bien, deleitándose en ellos, es nacido de Dios. Los malhechores pretenden vanamente o se jactan de conocer a Dios. No sigamos lo que es soberbia, egoísmo y de mala intención, aunque el ejemplo sea dado por personas de alto rango y poder; seamos seguidores de Dios y andemos en amor según el ejemplo de nuestro Señor.

Vv. 13, 14. He aquí el carácter de Demetrio. Un nombre en el evangelio o un buen testimonio de las iglesias es mejor que la honra mundana. Después de todo, de pocos se habla bien después de todo; y, a veces, es malo que sea así. Felices aquellos cuyo espíritu y conducta los elogian ante Dios y los hombres. Debemos estar preparados para darles nuestro testimonio; y bueno es cuando los que elogian, pueden apelar a las conciencias de los que conocen mejor a aquellos que son encomiados. La conversación personal, juntos, ahorra tiempo y evita problemas, y los errores que surgen de las cartas; todos los buenos cristianos pueden alegrarse de verse unos a otros. La bendición es, La paz sea contigo; toda la dicha sea contigo. Muy bien pueden saludarse unos a otros en la tierra los que esperan vivir juntos en el cielo. Juntándose con cristianos e imitando el ejemplo de ellos, tendremos

paz interior y viviremos en paz con los hermanos; nuestras comunicaciones con el pueblo del Señor en la tierra serán gratas y seremos contados con ellos en la gloria eterna.

JUDAS

Esta epístola está dirigida a todos los creyentes del evangelio. Su intención es resguardar a los creyentes contra los falsos maestros que habían empezado a infiltrarse en la Iglesia cristiana, y a diseminar preceptos peligrosos para reducir todo el Cristianismo a una fe sólo de nombre y a una profesión externa del evangelio. Habiendo negado así las obligaciones de la santidad personal, enseñaban a sus discípulos a vivir en sendas pecaminosas y, al mismo tiempo, los halagaban con la esperanza de la vida eterna. Se demuestra el vil carácter de estos seductores y se pronuncia su sentencia, y la epístola concluye con advertencias, amonestaciones y consejos para los creyentes.

Versículos 1—4. *El apóstol exhorta a la constancia en la fe.* 5—7. *El peligro de ser infectado por falsos maestros, y el castigo temible que les será infligido y a sus seguidores.* 8—16. *Una descripción espantosa de los seductores y de su final deplorable.* 17—23. *Se advierte a los creyentes a no dejarse sorprender por los engañadores que surgen de entre ellos.* 24, 25. *La epístola concluye con una alentadora doxología, o palabras de alabanza.*

Vv. 1—4. Los cristianos son llamados del mundo, de su mal espíritu y temperamento; son llamados a ponerse por sobre el mundo, para cosas más elevadas y mejores, para el cielo, para las cosas invisibles y eternas; llamados del pecado a Cristo, de la vanidad a la seriedad, de la inmundicia a la santidad; y esto conforme al propósito y la gracia divino. Si somos santificados y glorificados, todo el honor y la gloria deben atribuirse a Dios y a Él solo. Como es Dios quien empieza la obra de gracia en las almas de los hombres, así es Él quien la ejecuta y la perfecciona. No confiemos en nosotros ni en nuestra cuota de gracia ya recibida, sino en Él y sólo en Él. La misericordia de Dios es el manantial y la fuente de todo lo bueno que tenemos o esperamos; la misericordia, no sólo para el miserable, sino para el culpable. Luego de la misericordia está la paz, que recibimos del sentido de haber obtenido misericordia. De la paz brota el amor; el amor de Cristo a nosotros, nuestro amor a Él, y nuestro amor fraternal de los unos a los otros. El apóstol ruega no que los cristianos se contenten con poco, sino que su alma y sus asociados puedan estar llenas de estas cosas. Nadie es excluido de la oferta e invitación del evangelio, sino los que obstinada y malvadamente se excluyen a sí mismos. Pero la aplicación es para todos los creyentes y sólo para ellos. Es para el débil y para el fuerte. —Los que han recibido la doctrina de esta salvación común deben contender por ella, *eficazmente no furiosamente*. Mentir en favor de la verdad es malo; castigar en nombre de la verdad, no es mejor. Los que han recibido la verdad deben contender por ella como hicieron los apóstoles; sufriendo con paciencia y valor por ella, no haciendo sufrir a los demás, si ellos no aceptan cada noción de lo que llamamos fe o juzgamos importante. Debemos contender eficazmente por la fe oponiéndonos a los que la corrompen o depravan; los que se infiltran sin ser notados; los que reptan como serpientes. Ellos son los peores impíos, los que toman tan atrevidamente la exhortación a pecar porque la gracia de Dios abundó y aún abunda tan maravillosamente, y los que están endurecidos por la magnitud y plenitud de la gracia del evangelio, cuyo designio es librar al hombre del pecado y llevarlo a Dios.

Vv. 5—7. Los privilegios externos, la profesión y la conversión aparente no pueden guardar de la venganza de Dios contra los que se desvían volviéndose a la incredulidad y a la desobediencia. La destrucción de los israelitas incrédulos en el desierto demuestra que nadie debe presumir de sus privilegios. Ellos tuvieron milagros como su pan diario, pero aún así, perecieron en la incredulidad. Un gran número de ángeles no se agradó con los puestos que Dios les asignó; el orgullo fue la causa principal y directa de su caída. Los ángeles caídos están reservados para el juicio del gran día; ¿y los hombres caídos quieren escapar de este? Con toda seguridad que no. Considérese esto en el momento debido. La destrucción de Sodoma es una advertencia a toda voz para todos, para que le prestemos atención, y huyamos de las concupiscencias carnales que batallan contra el alma, 1 Pedro ii, 11. Dios es el mismo Ser puro, justo y santo ahora que entonces. Por lo tanto, temblad y no pequéis, Salmo iv, 4. No descansen en nada que no someta al alma a la obediencia de Cristo, porque nada sino la renovación de nuestra alma conforme a la imagen divina, que obra el Espíritu Santo, puede impedir que seamos destruidos entre los enemigos de Dios. Considérese el caso de los ángeles y nótese que ninguna dignidad ni valor de criatura sirve. ¡Entonces, cómo debe temblar el hombre que bebe la iniquidad como si fuese agua! Job xv, 16.

Vv. 8—16. Los falsos maestros son soñadores; mancillan grandemente y hieren penosamente el alma. Estos maestros son de mente perturbada y espíritu sedicioso; olvidan que las potestades que hay han sido ordenadas por Dios, Romanos xiii, 1. —En cuanto a la disputa por el cuerpo de Moisés, parece que Satanás deseaba dar a conocer el lugar de su sepulcro a los israelitas para tentarlos a adorarlo, pero se le impidió y descargó su furor con blasfemias desesperadas. Esto debe recordar a todos los que discuten, que nunca se hagan acusaciones con lenguaje ofensivo. Además, de aquí aprendan que debemos defender a los que Dios reconoce. Difícil, si no imposible, es hallar enemigos de la religión cristiana que no vivan, ni hayan vivido, en abierta o secreta oposición a los principios de la religión natural. Aquí son comparados con las bestias aunque a menudo se jactan de ser los más sabios de la humanidad. Ellos se corrompen en las cosas más sencillas y abiertas. La falta reside, no en sus entendimientos sino en sus voluntades depravadas y en sus apetitos y afectos desordenados. —Gran reproche es para la religión, aunque injusto, que los que la confiesen, se opongan a ella de corazón y vida. El Señor remediará esto a su tiempo y a su modo, no a la manera ciega de los hombres que arrancan las espigas de trigo junto con la cizaña. Triste es que los hombres que empezaron en el Espíritu terminen en la carne. Dos veces muertos: ellos estuvieron muertos en su estado natural caído, pero ahora están muertos de nuevo por las pruebas evidentes de su hipocresía. Árboles muertos, ¡por qué cargan al suelo! ¡Fuera con ellos, al fuego! Las olas rugientes son el terror de los pasajeros que navegan, pero cuando llegan a puerto, el ruido y el terror terminan. Los falsos maestros tienen que esperar el peor castigo en este mundo y en el venidero. Brillan como meteoros o estrellas errantes que caen, y luego, se hunden en la negrura de las tinieblas para siempre. —No hay mención de la profecía de Enoc en otra parte de la Escritura; sin embargo, un texto claro de la Escritura prueba cualquier punto que tengamos que creer. De este descubrimos que la venida de Cristo a juzgar fue profetizada tan al principio como fueron los tiempos anteriores al diluvio. El Señor viene: ¡qué tiempo glorioso será! —Fijaos cuán a menudo se repite la palabra “impío”. Ahora, muchos no se refieren a los vocablos pío o impío a menos que sea para burlarse aun de las palabras; pero no es así en el lenguaje que nos enseña el Espíritu Santo. Las palabras duras de unos a otros, especialmente si están mal fundamentadas, ciertamente serán tomadas en cuenta en el día del juicio. —Los hombres malos y seductores se enojan con todo lo que sucede, y nunca están contentos con su propio estado y condición. Su voluntad y su fantasía son su única regla y ley. Los que complacen sus apetitos pecaminosos tienden más a rendirse a las pasiones ingobernables. Los hombres de Dios, desde el comienzo del mundo, han declarado la condena que se les denunció. Evitemos a los tales. Tenemos que seguir a los hombres que sólo siguen a Cristo.

Vv. 17—23. Los hombres sensuales se separan de Cristo y de su Iglesia, y se unen al diablo, al mundo y a la carne, con prácticas impías y pecaminosas. Esto es infinitamente peor que separarse de cualquier rama de la iglesia visible por cuestión de opiniones o modos y circunstancias de gobierno externo o de la adoración. Los hombres sensuales no tienen el espíritu de santidad, y

quienquiera no lo tenga, no pertenece a Cristo. La gracia de la fe es santa hasta lo sumo, porque obra por amor, purifica el corazón y vence al mundo por lo cual se distingue de la fe falsa y muerta. Muy probablemente prevalezcan nuestras oraciones cuando oramos en el Espíritu Santo, bajo su dirección y poder, conforme a la regla de su palabra, con fe, fervor y anhelo; esto es orar en el Espíritu Santo. La fe en la expectativa de vida eterna nos armará contra las trampas del pecado: la fe viva en esta bendita esperanza nos ayudará a mortificar nuestras concupiscencias. —Debemos vigilarnos los unos a los otros; fielmente, pero con prudencia para reprobarnos los unos a los otros, y a dar buen ejemplo a todos los que nos rodean. Esto debe hacerse con compasión, diferenciando entre el débil y el soberbio. Debemos tratar a algunos con ternura. A otros, salvar con temor; enfatizando los terrores del Señor. Todos los esfuerzos deben realizarse con aborrecimiento decidido de los delitos, cuidándonos de evitar todo lo que lleve a la comunión con ellos, o que haya estado conectado con ellos, en obras de tinieblas, manteniéndonos lejos de lo que es malo o parece serlo.

Vv. 24, 25. Dios es poderoso, y tan dispuesto como poderoso, para impedir que caigamos y para presentarnos sin defecto ante la presencia de su gloria. No como quienes nunca hubiesen faltado, sino como quienes, por la misericordia de Dios, y los sufrimientos y los méritos de un Salvador, hubieran sido, en su gran mayoría, justamente condenados hace mucho tiempo. Todos los creyentes sinceros le fueron dados por el Padre; y de todos los así dados, Él no perdió a ninguno, ni perderá a ninguno. Ahora, nuestras faltas nos llenan de temores, dudas y tristeza, pero el Redentor se ha propuesto que su pueblo sea presentado sin defecto. Donde no hay pecado, no habrá pena; donde hay perfección de santidad, habrá perfección de gozo. Miremos con más frecuencia a Aquel que es capaz de impedir que caigamos, de mejorar y de mantener la obra que ha empezado en nosotros hasta que seamos presentados sin culpa delante de la presencia de su gloria. Entonces, nuestros corazones conocerán un gozo más allá del que puede permitir la tierra; entonces Dios también se regocijará por nosotros y se completará el gozo de nuestro compasivo Salvador. Al que ha formado el plan tan sabiamente, y que lo cumplirá fiel y perfectamente, a Él sea la gloria y la majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén.

Henry, Matthew